

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1935** Jueves 28 de Noviembre

Núm. 3

Año XVII — No. 739

SUMARIO

| | | | |
|--|-----------------------|---------------------------|-----------------------|
| Antonio Eça de Queiros habla de su padre | Gabriela Mistral | Perdonad a Eglantina | Annie Vivanti |
| Manuel B. Cossio (y 2) | Américo Castro | Poesías | Jorge Carrera Andrade |
| Grafitos | Manuel Gonzalez Prada | Aire para besarte | Alejandro Carrion |
| Figura humana | Max Jiménez | La conquista del desierto | Luis E. Heysen |
| Los desalmados | Antonio Olver Belmás | Salidas de Pio Baroja | Francisco Luarda |
| Nicoya | Francisco Amighetti | Siembren ayotes | |
| Con el Sr. Inman | Juan del Camino | Libros y autores | |
| Hmanizaciones | José Carner | ?Qué hora es? | Rafael Cardona |
| El mayor poeta de España | Azorin | Tenia razón mi abuelita | Antonio Espina |
| | | Un eslabón de la cadena | |

Antonio Eça de Queiroz habla de su padre

Por GABRIELA MISTRAL

= De El Sol, Madrid, Julio de 1935. =

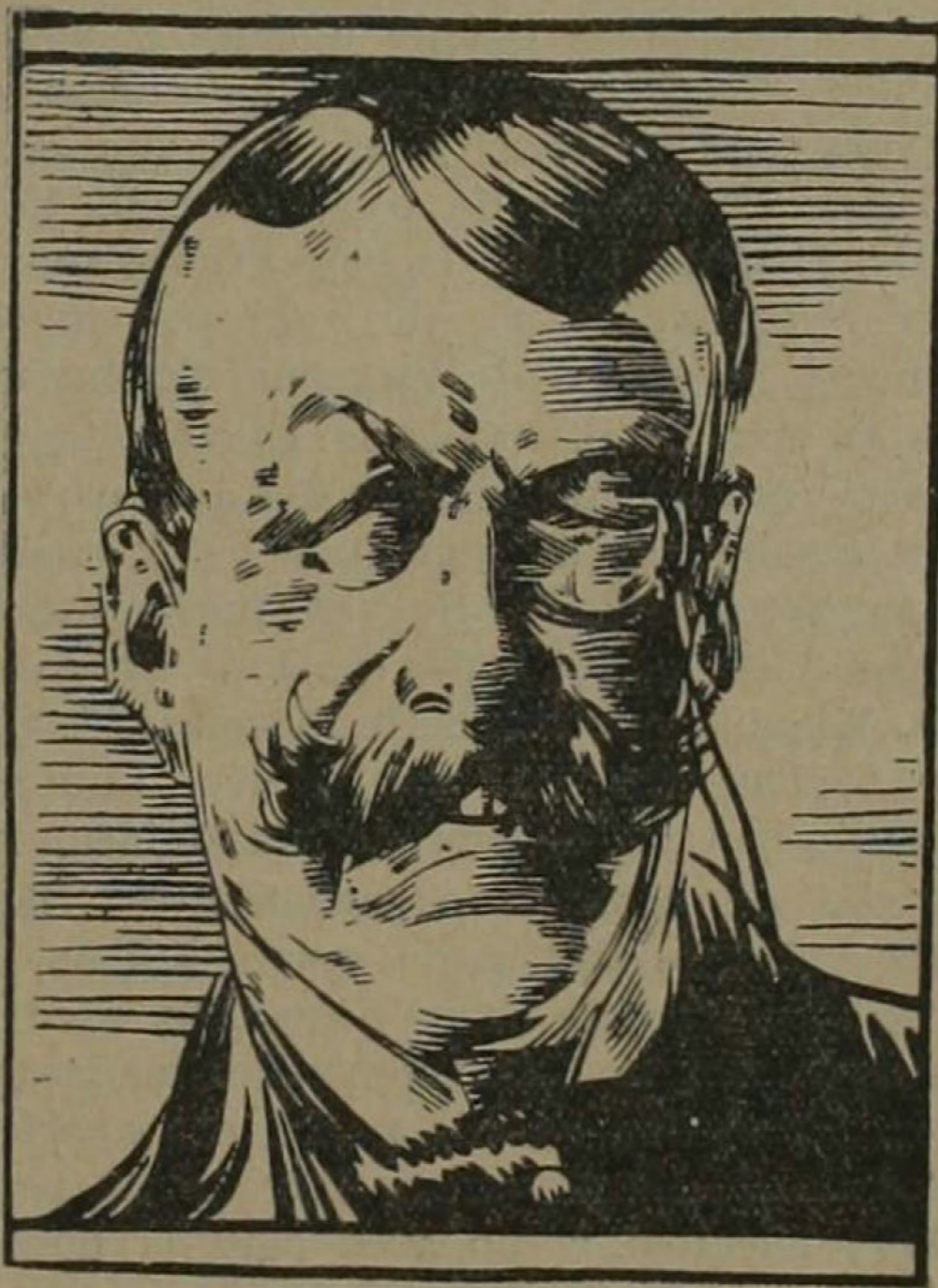
Antonio Eca de Queiroz trabaja en el Patronato de Propaganda de Portugal. Es un lisbonense elegante, nervioso y de una conversación trufada de ingenio. Sabe su Lisboa que este hijo lleva entera la estampa corporal del padre, y se la disfruta en las redacciones o los cafés de la ciudad. Saben los que le tratan que es un buen escritor, y que al revés del hijo amargado con el tremendo peso del nombre, él lo lleva en una bella conducta filial. Su pasión paterna es al mismo tiempo fuerte y mesurada.

El jefe de la repartición en que trabaja, escritor D. Antonio Ferro, con la sagacidad que es una de sus virtudes de jefe, llevó a él y a su hermano a esa oficina, que es un malecón de desembarco diario para extranjeros. Los escritores invitados a Portugal agradecemos como una fina política gremial el que nos dieran a los Eca de Queiroz por guías y compañeros de la larga excursión. Portugal nos mantenía dentro de la presencia suave aguda de su novelista, bien conocido y mejor amado de nosotros. Llegábamos a la ciudad de provincia, como Braga o Viana, o parábamos en un pueblo de idilio marítimo, como Nazareth, de la mano del desaparecido, que es el más viviente patrono del Portugal.

—Mi padre era lo menos posible el escritor con el oficio a la vista. Sus hijos, viviendo con él en París, no conocíamos su oficio verdadero. Cuando entramos al país después de su muerte, nos sorprendió el homenaje que Portugal hacía a aquel que para nosotros era sólo padre profundo y después el funcionario.

Esta ignorancia de su categoría intelectual estaba en buena parte del círculo de sus relaciones extranjeras. Un diplomático nórdico hablaba una vez a un lusitano en este tono azorado: "El cónsul de ustedes en París es un hombre extraordinario. ¿Sabe esto el Portugal?"

El lusitano le devolvió el informe bien manido: su país se dió cuenta de la categoría de Eca de Queiroz desde los primeros tiempos; pero él, gran señor, era hombre de extremos pudo-



Eça de Queiroz

Dibujo de Eduardo Alvarez

res y no hacía con su talento el sabido "juego de espejos" para cegar al extraño.

El encanto que había probado el nórdico en su trato de mi padre era cosa común en quien se llegaba a él: había una verdadera magia en su manera, y la sentían la clientela de salón como el rústico. La humanidad total que había en él, y no la búsqueda del interlocutor, le ganaba sin el menor esfuerzo esa simpatía que le allanó siempre cualquier gestión ardua entre las gentes.

Como muchos ironistas, pero yo creo que más que cualquiera, este burlón era en la vida de familia un tierno, además de ser un delicado. Guardamos de él la estampa más dulce de padre. No tenemos necesidad, como el hijo mimador de la memoria paterna, de esmerilarla ni mucho ni poco: su vida doméstica fué perfecta.

Trabajaba en la oficina consular a lo largo del día. Los portugueses frequentadores de París se acuerdan de un funcionario cumplido que les servía los datos consulares y les regalaba largamente su conversación preciosa.

Escribía por la noche, y generalmente de pie, sobre su mesa alta, o medio sentado sobre un taburete que allegaba a ella. Su escritura era fácil; pero él desconfiaba de su don, y sus originales conservados prueban que corregía bastante. Esta probidad estaba derramada sobre su carácter entero.

Su acérrima crítica de las costumbres la habría ejercido lo mismo si nace en otro país: era el miembro de una convivencia nacional que la quiere óptima y la hostiga para ello con una exigencia tenaz. En la "Ciudad y las sierras" habla tan viva, que casi sangra su nostalgia del país. El cosmopolita, que nunca fué un descastado, escribió aquella deliciosa fábula bipartida de París y Portugal desde una "saudade" de patria cuya intensidad pueden sentir solamente los que, como él, son individuos de raza en pleno.

El no probó sinsabores de pobreza ni lucha alguna por hacerse una situación. La posición de su familia era ventajosa; su matrimonio lo llevaría además a la alianza con otro gran linaje: el de doña Inés de Castro.

Usted conoce algunos elogios de escritores portugueses contemporáneos de Eca de Queiroz que andan en sus "notas contemporáneas". El tono del elogio de Quental era el suyo corriente para hablar de los hombres mejores de su tiempo. El rebalsaba siempre la justicia hacia una generosidad voluntariamente crecida. Era de los que no sólo dejan vivir al colega, sino que le ayudan a prosperar. Su conocimiento de los hombres le acarrea del lado de los mediocres una ácida melancolía, y le proporcionaba un gozo vivo en el encuentro de los hombres de "élite". Reconocía al hermano de casta y le honraba sin regateos.

Sí; su popularidad ha sido enorme y se ha sostenido sin relajo. Usted la conoce en su América del Sur, donde yo, viajero también de esas latitudes, pude darmecuenta de ella. El caso español y el francés son semejantes.

Es el hecho nada cotidiano de un arte novelesco lleno de fineza en la fábula y de elegancia en la lengua,

que a pesar de estas condiciones llegó a todos los niveles de lectores e influyó sobre una masa inmensa.

La literatura portuguesa es muy grande; pero por razones del idioma, injustamente desconocido, ha tenido en muy pocas ocasiones esta suerte de que uno de sus miembros se universalice en poco tiempo y quede plantado medio siglo en el mismo punto de su éxito inicial.

Sin embargo, él ha sufrido bastante de las traducciones flojas o pésimas. Pero lo mismo que contó en la vida

Eca de Queiroz con el amigo selecto, lleno de devoción hacia su persona, ha habido algunos traductores suyos ardientemente fieles a su obra y bastante dignos de su menester. Fernández Florez ha sido esto para él en España, y es lástima que no haya más obras de mi padre traducidas por este escritor escrupuloso.

Llano, muy llano, con ese tipo de naturalidad del latino clásico que así para vivir como para escribir es un hombre clásico.

dad poetizada, densos, cargados de color, relatos en que la minucia se incorporaba llena de atractivo y de resonancias. Ya no se estila contar cosas en esa forma. Lamento que mi memoria deleznable no me permita reproducir aquellos sucintos y deliciosos relatos. De niño, en El Escorial, conoce al que fué último prior de los jerónimos en aquel monasterio. Su imagen infantil de la Revolución de setiembre, reminiscencia de viajes por toda España. Algunos amigos recordábamos junto a su lecho los momentos en que habíamos conocido la máxima escasez de dinero, y él tuvo también que contar, porque en Leipzig, donde tenía forzosamente que ver establecimientos docentes, pasó cuatro noches en la sala de espera de la estación, porque el escaso haber de que disponía no daba sino para comer un poco y servirse de las duchas públicas.

Un maravilloso conversador, y un lector único. A nadie oí leer el *Quijote* con el arte perfecto que él lo hacía. Cuando miramos hacia la realidad humana en este momento de hoy, sorprende que haya habido en torno a uno tal clase de hombres, hombres con vida artística, sin estirada ufanía, sin desplomes de vulgaridad ni insignificancia. Conocemos personas eminentes, que realizan éstas o las otras actividades, muy valiosas, pero cuya vida, como tal, no constituye la mejor porción de su obra. Y es que ahora no se practican esas enseñanzas de caligrafía moral, en que el propio vivir actúa de dechado. Terrible y maravilloso oficio el de proselitista moral, religioso o político (un recuerdo a la acerada austeridad de Pablo Iglesias). Vidas unitarias, de un bloque. Las gentes de hoy vivimos en tajante escisión; la fachada de cada uno (en el mejor caso) es su obra, a la que todo se pliega, y no la oficina cerrada en que aquélla se fragua. En Cossío y en Giner la obra surge como una concesión más a esa entrega incesante de lo mejor que había en ellos. Si el escrito resulta después que posee valor autónomo, tanto mejor; mas no se olvide que todo fué benefactoria: bien y amor para España y sus hijos.

Tampoco es dable observar hoy aquella combinación de aristocratismo y de simple

Manuel B. Cossío

fué él y fué su ambiente

Por AMERICO CASTRO

= De Revista de Pedagogía. Madrid, septiembre de 1935. =

(Concluye. Véase la entrega pasada)

. . . He solido charlar mucho con Cossío de lo que yo consideraba una grave dolencia hispana: el oralismo, o sea la fugacidad e inestabilidad de los esfuerzos. Por de contado que Cossío escribió mucho más de lo que era esperable del género de vida que su alta misión le impuso. Su *Greco* no ha sido superado, y sobre temas pedagógicos expresó bastantes cosas esenciales, que otros con más competencia habrán de valorar. De todos modos, en más de un caso, al oírle una observación profunda o sagaz acerca de arte, letras o vida, y al decirle que cómo no escribía algo sobre ello, respondía así: "Si ya se lo he dicho a usted, qué más da". Lujo señorial, en él explicable. Aquel hombre espléndido consagró su vida a la acción, a la construcción oral. Su tiempo fué de todos, de cualquiera que llegaba en solicitud de una palabra, que sin tasa ni mesura era administrada con olvido absoluto del interés propio. El interés consistía justamente en ocuparse de los demás. No siempre, por otra parte, el visitante poseía la necesaria discreción, ni era merecedor de tan suave acogida. Una vez, cierto extranjero que luego publicó algo sobre el *Greco*, fué a ver a Cossío poco antes de ser dado a la imprenta su célebre libro. Con el manuscrito a la vista, el autor comunicó pródigamente cuantos datos se le pedían. Al final, el francés grecófilo dice a Cossío si no podría confiarle aquel manuscrito, que parecía interesante, para que él se documentara.

Muchas veces le incité a murar su puerta contra el asalto constante a su generosidad espiritual. Preveía lo que ha ocurrido, que iba a marcharse sin hacer lo que ahora no podrá realizar nadie. Justamente por la índole de su vida, en la Institución había mucho de tradicional, que constaba en los recuerdos y no en el papel. Los mismos papeles, las cartas inéditas de D. Francisco ofrecerán bastantes incógnitas a cualquiera que no sea Cossío. A menudo le rogaba que, ya que su estado de salud espiritual lo permitía, dictase por lo menos un esbozo de sus memorias, que habrían sido una crónica muy sazónada de aspectos españoles (que la historia grande no abarca), y al mismo tiempo, base para un análisis de la personalidad de Giner y de la suya. No fué posible. Es muy difícil atajar el rumbo de unos hábitos cuando se alcanzan setenta años. Tendría que haberse mostrado duro y tajante con los de-

más, aquel hombre todo dulzura y atenuaciones. "Para escribir —decía— tengo que calentar mi caldera, y eso requiere dos o tres horas previas de concentración. Yo lo haré, le prometo que lo haré. Tengo que ordenar todos los papeles, que son muchos, muchos, y no he de morirme sin hacer lo de D. Francisco. Querría escribir también ciertas cosas sobre historia del arte para que ahí queden; sí, sí, qué duda cabe; ¡pero si tiene usted razón!" Su voz, fuerte y armoniosa hasta el fin, subía de tono, se caldeaba. Y había que detenerle, porque el esfuerzo evidentemente le era nocivo. Luminoso, entusiasta, acogía toda noticia o idea, y la orlaba de comentarios penetrantes. Decía, sin embargo, que nada nos enseñaba, que sólo servía ya de pared de rebote, para que ensayáramos nuestras personales maneras de ver. La verdad es que nunca nos apartábamos de Cossío sin haber logrado un provecho intelectual, y un goce para la fantasía. ¡Qué anecdotario el suyo! Anécdotas que no aspiraban a ser ingeniosas, como suelen serlo las de los especialistas en tal género. Las de Cossío eran trozos de historia, de reali-

MAS DE 25 AÑOS DE LABORATORIO

— CON MAS DE —
300.000 EXAMENES

son LA MEJOR GARANTIA del

LABORATORIO

— DEL —

Licenciado CARLOS VIQUEZ

e ingenua sencillez, a veces hasta la pobreza. Hombres de un solo traje y un abrigo raído. Camisas de tela basta (las de D. Francisco costaban seis reales), a diario mudadas. A Don Francisco tenían que recogerle el sueldo sus familiares, porque si no lo distribuía. Era una emocionante delicia oír justificarse al genial viejecito como niño cogido en picardía: "¡Pero, mira Manolo, te aseguro que no era posible otra cosa!" Unas veces era el anciano, otras la mujer o el niño, o el audaz pedigüño. Más de una vez, D. Francisco, en sus visitas, fué dirigido hacia la escalera de servicio por porteros nada sagaces. Y siempre subía sin discutir, para evitar el vulgarísimo "¿por quién me toma usted?", y también para que el pobre hombre no pasara mal rato. Su aparición en la cocina de una casa, donde tal vez la señora se ajetreaba ultimando la comida preparada en su honor, dió motivo a finos y humorísticos comentarios.

En ese ambiente de distinción y humildad vivió Cossío. Junto a él conversé por primera vez con un lord, y aprendí a valorar el arte popular (en realidad, a los veinte años, allí lo aprendíamos casi todo). Ese gusto por lo popular era, desde luego, deleitosa contemplación de las raíces hispanas, en las que tendría que apoyarse todo sustancial renuevo. Mas en la afición por el folklore latían además las vibraciones del pensar romántico: culto del cacharro ingenuo, del bordado precioso en el que una mano aldeana resobaba temas milenarios, sin tiempo y sin patria, como un eco de los profundos senos en donde se alberga el romántico Volksgeist. La única colección de estudios sobre el folklore de España, que en aquel tiempo hubo y que hoy no tiene sucesión, fué la fundada por Antonio Machado, padre de los insignes poetas; pues aquel esfuerzo se incubó en el espíritu hispanófilo y popularista de la Institución, a la que Machado, en 1880, bajo el seudónimo de Demófilo, dedica su "Colección de enigmas y adivinanzas", y en donde se menciona al "laborioso profesor de la Institución Joaquín Costa", que allega datos de su Ribagorza.

La filosofía romántica —Schelling, Krause— fomentaba el amor a toda singularidad, a la fascinante singularidad de España, pueblo, arte, carácter, paisaje. Decía D. Francisco: "¡El día que España esté a la altura de su paisaje!" En él se creaba el enlace fecundo de la naturaleza y el espíritu hispanos. Goce sin más de la naturaleza, categoría de inutilidad, de valor por que sí; templados en tal goce, que es una creación, se aprendía a amar el quehacer que no lleva al examen, ni a la nómina; plus vital, lujoso, que justamente por no servir para "esto", hace posible "esto y aquello". "El talento—decía D. Francisco, oscilando su cabeza curtida por todos los aires— ¡sirve para tantas cosas!"

Tarea enorme la emprendida por aquellos hombres, enorme sobre todo si tenemos a la vista el ambiente de hacia 1880. Luego ha sido fácil incluso hacerles objeciones, y echar de menos muchas cosas. Mas piénsese, imagínese lo que era la sociedad de entonces, la gente de la calle, la universidad, las escuelas, las letras, las ciencias, la cursilería aldeana, la impermeabilidad en suma de un mundo opaco. Ante la política y la vida no cabía sino dejarse absorber por la vulgaridad, o aislarse fieramente, si se poseía el medio de hacerlo. A quien osara formular la terrible pregunta de Larra: "¿Dónde está

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

España?", le respondían como en las ventas antiguas al preguntar qué había de comer: "Lo que vuesa merced traiga". Había, en cierto modo, que inventar y situar a España, comenzando por renunciar a la España visible e inmediata. Una grave ingeniería del espíritu. Si Giner y Cossío se hubieran abandonado a lo usual, habrían poseído en seguida lo que se brinda incluso a cualquier mediano talento. Habrían sido ministros; e ingresados en la fanfarria de la Restauración, hubieran conocido todo eso que se llama éxito: lucir junto al peluche y los cortinones, el aplauso de la Cámara, tresillo con la aristócrata, temporada en Baden Baden, etc. Habrían servido de testigos al hilillo de progreso que se filtra casi sólo por las rendijas de la historia, y poco más. Todo eso, sin embargo, habría sido hacer que hacemos, arar en el agua, y renunciar al tesoro de posibilidades que se lleva dentro, a cambio de triunfos y vanidades de escasa monta. Giner ha dicho maravillosamente: "Las fiestas del espíritu son las únicas que no conocen lunes". Autonomía, alto señorío de uno mismo, destello estoico, pero sin renuncia de cuanto en el mundo significa alto valor. Asctas para unas cosas, mas no para otras. La mesa de Giner y Cossío, sencilla y pul-

querrima, albergaba junto a sí a gentes a tono con aquel ambiente refinadísimo. Entonces el invitar a esa humana cosa que es platicar sutilmente en torno al pan de la cordialidad, representaba una aventura para la clase media, que solía mirar la invitación a comer no como un acto llano, sino como un estropicio familiar y estomacal. El aristocratismo de Giner y Cossío, muy influidos por ciertos contactos británicos, practica la conversación espiritual en torno a la mesa; ellos realizar la misión delicada, llena de trabajo y de responsabilidad, de acoger al extranjero de distinción que aparecía por Madrid, sin saber a qué puerta llamar, y que lograba así una impresión de España muy distinta. No se sabe hasta qué punto ha sido fecunda esta callada acción patriótica, realizada, como todo lo que hacían, sin darle la menor importancia. La salita de la Institución, con sus muebles casi de celda, ha recogido los ecos de la vida europea más exquisita. La universal curiosidad de aquellos hombres hacía posible su relación con personas de las más distintas valías. Sería un placer demorarse en detalles. Mas no es posible.

Grafitos

Por MANUEL GONZALEZ PRADA

= Del próximo libro *Grafitos*. Envío de A. González Prada. París. 16, julio, 1935 =

A la falsa religión
Que me dé felicidad,
Yo prefiero la verdad
Que me parta el corazón.

Figura de los hombres ¡cuánto engañas!
Primavera en el rostro; en las entrañas,
Decrepitud, Invierno y telarañas.

Ese Dios que nunca siente
El clamor de cuantos gimen,
Es el cómplice del crimen
O el testigo indiferente.

—A Puente alaba Juan el maldiciente.
—Mas, ¿contra quién alaba Juan a Puente?

Midamos la bondad de lo vivido
Por beso dado y beso recibido.

¿De qué dicha vas en pos
Oh mezquina Humanidad?

Ya flota en la inmensidad
El esqueleto de Dios.

Ella me dice **no**; mas yo pensando
En cómo me lo dice, digo **¿cuándo?**

En tu presencia, el hombre, oh Creador,
¿Acusado será o acusador?

Somos la ciega máquina impulsada
Por viejos, ancestrales egoísmos:
Al abrazar a la mujer amada
Nos abrazamos a nosotros mismos.

Denle fuerzas al carnero
Y degüella al carnicero.

De las turbas populares
Nada esperes ni te fíes:
Tienen sueños de marmota
Y despertares de trigre.

Es una cosa santa
El polvo levantado por su planta.

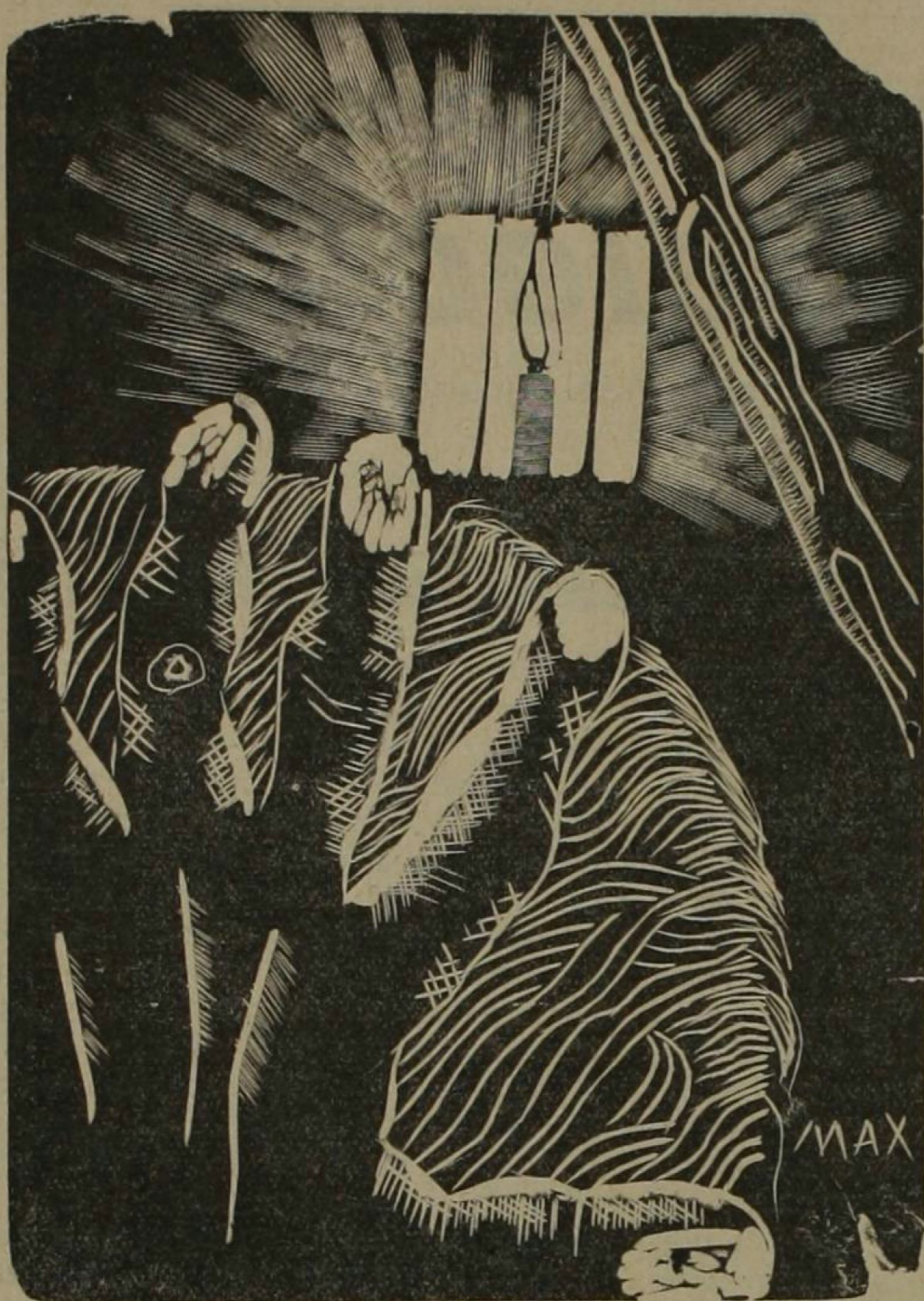


Figura humana

= Colaboración. Madera del autor. San José, Costa Rica. novbre., 1935 =

*Y buscará la frente, la cuenca de mi mano,
y manantial los ojos, de mi desilusión;
y el cabello que es negro, ya de dolor es cano.
Los pechos de la loba perdieron su pezón.*

*Y mi mano ya tiene la forma de mi frente;
fanático que espera botón de su dolor.
Regadío de aguas que manan de mi fuente,
de luna sin creciente, y noche sin albor.*

*Y el árbol crea madera, y se arroja en corteza,
y el cóndor cree que baja con un gajo de sol,
y apenas mis dos brazos sostienen mi cabeza,
como ese viejo poste la luz de su farol...*

Max Jiménez

ESLABONES DE LA CONTINUIDAD

Los desalmados

Por ANTONIO OLIVER BELMÁS

= Envío del autor. Madrid, 1935 =

Los que buscan el amor universal, parece que van locos o desalmados. En verdad, lo que buscan es su propia alma que se les ha ido, camino de la perfección.

La Historia está llena de esos ejemplos. ¡Cuántos seres han cruzado por el planeta, siguiendo a su alma que iba embriagada de cosmos, a través del espacio! Y cuán dramático, este ir atraídos por nuestra propia alma. Caminamos por galerías oscuras, por las que sin verla, escuchamos de cuando en cuando su fluir, que aquí se acerca y allí huye, en un juego emocionante y misterioso, en el que nunca triunfamos, porque jamás alcanzamos esa Voz, lo que nos condena a vivir como extraños de nosotros mismos, porque es fuera de nosotros en donde vivimos.

Por el contrario, hay momentos en los que los seres trasmanados de amor universal, del amor que todo lo contiene, no sienten su alma fuera de ellos. La luz, el agua, el día, la noche, el vegetal, las otras almas de los humanos, afluyen a la suya, como a un río mayor o como a un mar. Estos seres no son tan inquietos; su semblante es dulce y todas sus acciones son apreciables. La serenidad vive en ellos, porque estos seres que sin salirse de sí mismos todo lo atraen, son tiernamente espirituales. No más espirituales que los otros, que viven extrañados de sí mismos; distintamente espirituales, porque moran entrañados en sus almas.

Para que un hombre viva entrañado en su alma, antes ha de haber estado extrañado de ella, ha tenido que ir un poco desalma-

do, un poco en pos de sí mismo, a través de los días y de los cielos. Esos actos apreciables, esa serenidad del ánimo, ese dulce semblante del que se entraña en su alma, no se logran de un modo verdadero sino después de haber sido tempestuosos, de haber ido encorazonados tras de eso que no se deja captar, por más que lo anhelemos, porque se encuentra escondido entre las estrellas.

Desalmados son todos los místicos, todos los poetas, todos los sabios, todos los filósofos. Si estudiamos a fondo la biografía de estos seres, obtendremos bien pronto una gráfica significativa del camino que recorrieron en la búsqueda de sus propias almas. Y si nos adentramos en sus rutas, observaremos que ninguno ha alcanzado totalmente el alma deseada, aunque sí matices de ella, que han quedado aprehendidos en un verso,

Garage Penón

TELEFONO 2061

Av. 10. Al Oeste de El Pelayo —San José.

En este taller reparamos totalmente su auto o camión, a dejarlo completamente nuevo, se lo pintamos con elegancia, le cambiamos el capote y le arreglamos el tapiz. Nuestro lema es

BUEN TRABAJO Y PRECIO MODICO

en un sentimiento, en una conducta o en una revelación.

Un criminal no es un desalmado, porque para ser desalmado es preciso, primeramente contar o haber contado con el alma. En verdad, un criminal es un in-almado: el hombre que se encuentra aún más allá de los seres arrebatados en frialdad. Si aquellos, en lo espiritual, eran cenizas de hogueras estelares, el in-almado en cambio es el hombre que no logra adaptarse el alma que le está destinada, el hombre que inconscientemente, claro está, cierra todas las puertas a ese alma que se le quiere entrar y que, por tanto, no puede sentir la ausencia de su alma, ir desalmado tras de ella.

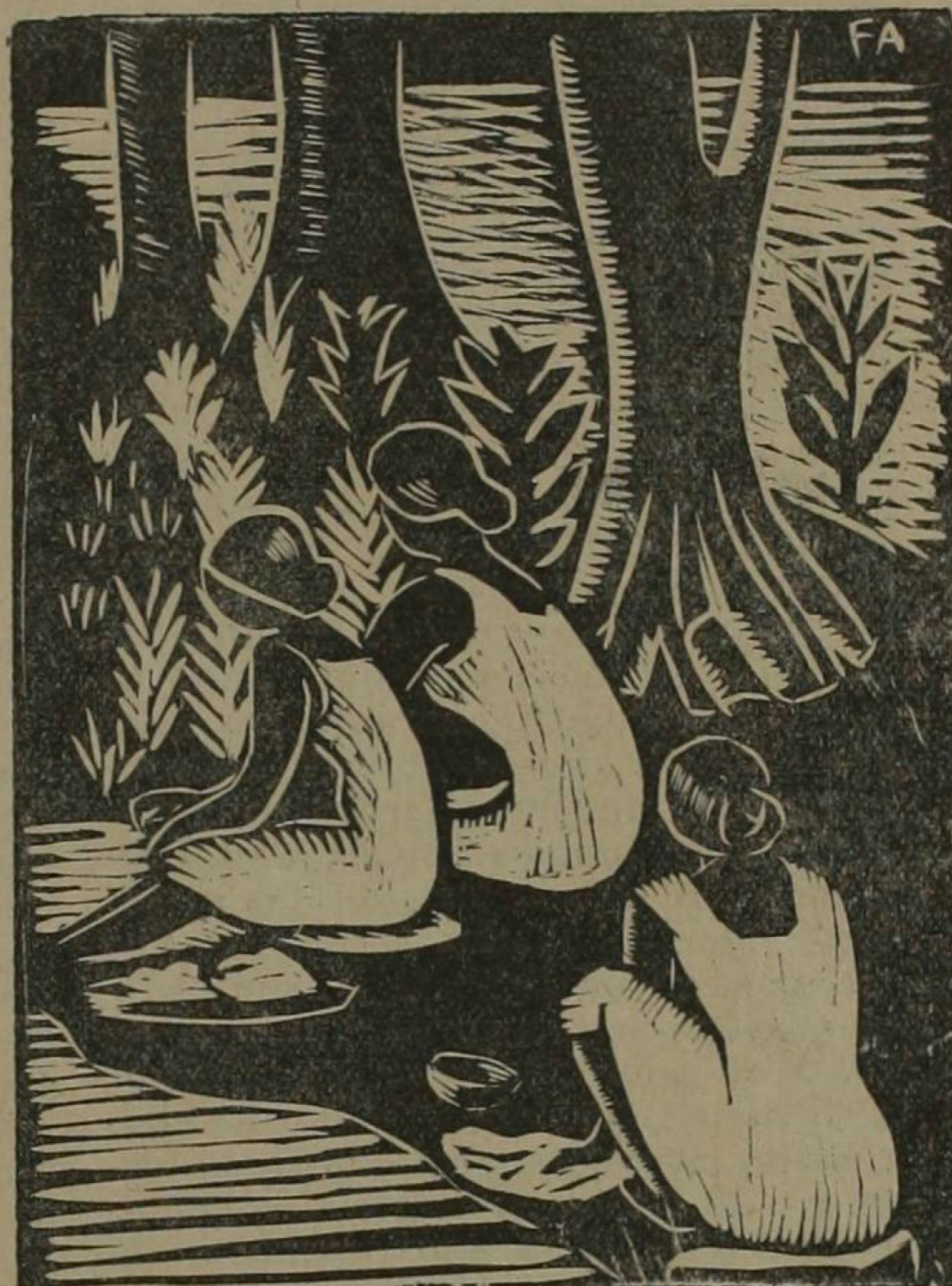
Los locos tampoco son in-almados. En los locos, el alma sí entra en el cuerpo, pero sin lograr jamás una conjunción definitiva; es decir, el alma del loco entra y sale de él constantemente. De aqué que un sabio, un místico, un filósofo, un poeta, puedan parecerse a un loco, que es el hombre cuya alma se le fué o se le quiere ir, por un motivo puramente físico. Los que yo nombro desalmados, también tienen huidas o para volar sus almas, pero siempre, por un motivo espiritual.

Si hay jerarquías entre los hombres, los desalmados son los jefes. Y con ellos, y antes que ellos, los hambrientos de hambre material, de hambre de pan o de trabajo. Porque la tragedia de los primeros, es cruzar por la vida casi sin alma. Y la de los segundos, por el contrario, es ir casi sin cuerpo, con un alma que no saben dónde entrañar, porque sus cuerpos están agotados.

Nicoya

Por FRANCISCO AMIGHETTI

= Colaboración.—Costa Rica y noviembre del 35 =



Madera de F. Amighetti

Viendo Nicoya rodeada de pequeños cerros, con su iglesia colonial y su población de bronce, es muy natural recordar lo que contaba Oviedo, el rudo soldado que se entusiasmaba con todo lo que veía, describiéndolo con la prolijidad del que ama las cosas y por eso pretende transcribirlas conservándoles su finura y relieve.

Oviedo en sus crónicas es como los primitivos de la pintura, fervor, paciencia, minuciosidad y unas explosiones de candor propias del que escribe sin prejuicios y con el gozo de contar lo que ha visto.

Así nos dice como en aquel lugarcito plano presencié las fiestas en que los indios caían ebrios no siendo menospreciados sino envidiados en la caída por los demás compañeros. Y donde asustado del paganismo de las costumbres los bautizó, cambiándole al cacique su bello nombre de Nambi o Nicoya por el ridículo, en un indio, de Don Alonso.

Todavía las huacas guardan en el oro las formas de sus dioses y el agua descubre al lavar las lomas, vasijas pintadas con arte, y el jade, cuyo color es como el del mar y que alcanza el brillo de los espejos, todavía adorna el pecho de las mujeres. Oviedo menciona una piedra verde que seguramente es el jade "engastado en una piedra de muy excelente jaspe o pórfido verde, al qual espejo en aquella su lengua se llama chas-tite". El liquidámbar que llamaban los españoles parece corresponder al vino de coyol, y los guacales que sacan de los jícaros no eran desconocidos para los indios cuando los conquistadores llegaron. Restreando esas cosas precoloniales que son como una historia que se les ha vuelto cotidiana, se le puede hallar color original a la vida de estos lugares. Allí, como en otras partes del Guanacaste donde todavía no hay cañería, la gente tiene que traer el agua de los ríos y usa para ello tinajas hechas del barro del suelo, llevándolas sobre sus cabezas mientras mueven los brazos pausadamente. El cuerpo lo conducen recto y el torso muy quieto mientras la tinaja va suelta sobre la cabeza, el movimiento se concentra en el ritmo de las caderas y en la ondulación de los brazos, cada mujer fina o ancha, con su piel oscura donde reluce el oro de los aretes y el blanco de los ojos

das partes, se ha adentrado en el pueblo tanto que en los atardeceres, ya casi en la noche, se oye a veces nacer, no se sabe ni de dónde, la copla,

**Mamá Ciriaca
tenía una teta
le daba vuelta
por la paleta.**

Y los otros niños se acurrucan haciéndose como tinajas mientras les golpean la cabeza los compradores a ver si suenan "claritas" o están rajadas. Ya sólo falta una danza de la tinaja, o un poeta que les compusiera coplas de amor como a una mujer.

En las cocinas, que es de lo que más vale la pena de verse en una casa guanacasteca, las volvemos a encontrar, son dos o tres o más tinajas, húmedas, tapadas con guacales ligeros y claros como si allí también se buscaran la tierra y la planta.

En la penumbra tostada de las cocinas, los peroles de hierro dan su nota negra y la llama que a veces se escapa desnuda salpica de oro las ollas azules.

Los hornos grandes y redondos de tierra calcinada, la piedra de moler, a menudo la misma que usaron sus antepasados —porque la han desenterrado— todo parece lógico y saturado de intimidad, mientras afuera el sol arde y el día se mete por las rendijas con su fulgor verde.

Las mujeres de Matambú vienen a vender mangos trayendo sembradas en su cabello indígena, flores blanquísimas, pasando a veces cerca de la iglesia colonial de una dulce simetría y de una castidad arquitectónica que encanta.

En las afueras al lado del río, que viene a ser un límite de plata entre la ciudad y el campo, los congos ponen su nota ronca en el silencio de la ciudad y se ven en los árboles como frutos negros y velludos. En los mismos árboles saltan pájaros como el chichilto-te, con su poniente en el pecho o por el tronco se encarama el garrobo feísimo que parece un animal creado por la fantasía de un artista de pesadillas como Bosch.

En los pueblos cercanos, ranchos pajizos, chanchos negros, mujeres con tinajas, niños desnudos, todo es primitivo y tiene la dulzura de un mundo que empieza,

como porcelana, es una escultura con la forma rotunda de la tinaja, mojada y brillante y en cuyos reflejos el paisaje se copia como admirar en cada momento. La sencillez de este motivo diario lo hace perfecto, la redondez del anca es una consonante sonora confusamente.

La tinaja, que se encuentra en las cocinas, en los ríos y en to-

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

*son las dolencias
que se curan
rápidamente con*

KINOCOLA

*el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que*

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"**

Con el Sr. Inman

Por JUAN DEL CAMINO

— Colaboración.—Costa Rica y noviembre del 35 —

Hoy que vamos a comentar decires del señor Samuel G. Inman podemos decir de él como en los prólogos de estilo cursi: el autor no necesita presentación. Si no por sus libros sobre cuestiones relativas a estos países, por su mensuario ("La Nueva Democracia") es bien conocido el nombre del señor Inman. Tiene el afán de hacer labor hispanoamericanista y aseguran que el segundo Roosevelt lo conceptúa experto en esas artes y recibe de él admoniciones. Es de creerse la aseveración por el calor con que tal publicista acoge y difunde los gestos "antiimperialistas" de la Administración Roosevelt.

En el mensuario de octubre recién pasado nada menos nos pone a leer el consejero presidencial yanqui este elogio: "El Secretario de Estado señor Cordell Hull, le dió con la puerta en las narices a la Standard Oil Company que, por interpósita persona, había firmado arreglo con el emperador de Abisinia para la explotación de los recursos naturales de su imperio. La actitud del Departamento de Estado fué tan rotunda que los petroleros abandonaron sus derechos a la concesión, porque los Estados Unidos no protegerán los intereses de sus ciudadanos que se metan en honduras imperialistas, de aquí en lo adelante".

No olvidemos que el señor Inman habla para estos pueblos de América. Para servirlos aprendió nuestra lengua y fundó revista en la cual difundir por ellos juicios contra la política imperialista que antaño solían aplicarnos gobiernos con menos tacto que el actual. Por supuesto que el señor Inman durante esos gobiernos (su revista va por el volumen XVI) no hizo campaña antiimperialista, pero hoy la hace y debemos examinarla. Sobre todo necesita el examen porque en estos pueblos somos crédulos y cuando con sello yanqui nos llega la negación de la conquista imperialista nos convencemos o nos damos por convencidos. Y es grande el daño que estos predicadores de nuestro bienestar nos hacen. Nunca los hemos visto empeñados en lucha que exija responsabilidades. Cogen posturas y es de ellas de donde debemos sacarlos para enseñarles que la lucha contra el imperialismo no es como nos la presentan quienes sirven precisamente intereses imperialistas.

Para elogiar al gobierno del segundo Roosevelt necesitó ir el señor Inman a buscar el caso antiimperialista en Africa. Con esto no ha comprometido su tacto de experto en cuestiones hispanoamericanas. Tampoco la estimación de las funestas organizaciones yanquis que sirven al imperialismo del Departamento de Estado. La Standard Oil Company que en momentos de guerra abandona la concesión africana, sabe que el Departamento de Estado es su aliado en don-

dequiera que ella tenga un pozo aceitoso que explotar. Sin el aceite del subsuelo la política imperialista está sin base. "Quien es dueño del aceite —cita de Henri Berenger— será dueño del mundo, porque gobernará el mar por medio de los aceites pesados, el aire por medio de los aceites ultra-refinados, y la tierra por medio del petróleo y los aceites de alumbrado". En ese concepto omnipotente del aceite está inspirada la conducta imperialista del Departamento de Estado. En cierto modo las grandes organizaciones petroleras no son más que prolongación del gobierno yanqui. Negar la relación íntima, inseparable que existe entre el organismo político y el económico es, no ceguera, porque no son ciegos estos yanquis, sino maldad. Hay mucha maldad en los profetas al estilo Samuel G. Inman. Ejercen su ministerio con inteligencia y con suficiente ilustración para que puedan olvidar el valor trascendental de cada acto del Departamento de Estado. Cuando los vemos, como dicen en términos de radiodifusión, con la antena dirigida hacia estos pueblos de América, tenemos que descubrirlos en su fariseísmo. No hacen prédica antiimperialista. Son figuras del imperialismo. Samuel G. Inman conoce el valor exacto del aceite extraído del subsuelo africano o del subsuelo hispanoamericano. No puede exaltar honradamente esa calculada postura del Departamento de Estado negando en momentos de un conflicto guerrero apoyo a la Standard Oil Company. Si lo hace es nada más que para tener derecho a presentarse a pueblos azotados por el imperialismo yanqui y hacerles sentir que pasaron los días de zarpazos y de invasiones.

La táctica actual del imperialismo yanqui es mucho más peligrosa con su prédica de igualdad, de relaciones de buen vecino, que la pasada táctica de concesiones arrancadas mediante desembarco de marinería y de fomento de revoluciones. Nada tenemos que esperar de los gobiernos yanquis. Todos tienen acerca de cada uno de nuestros recursos o riquezas natura-

les un concepto de necesidad que les sirve de norma para ser sus dueños absolutos. De aquí que el señor Inman nos resulte la maldad más acabada cuando viene a predicarnos que "los Estados Unidos no protegerán los intereses de sus ciudadanos que se metan en honduras imperialistas de aquí en lo de adelante". Quite este ilustre yanqui sus ojos de suelo africano y póngalos en este continente en donde parece tan aquerenciado. Y haga juicios antiimperialistas. Ese rotundo "de aquí en lo de adelante" tendría que expresar como las leyes el plazo en que comenzaría a regir. Y el orondo de Samuel G. Inman tendría que buscar un plazo de siglos. Porque la zarpa del imperialismo yanqui no descansa en suelo de América. Cada día nuestros gobiernos sumisos tienen que hacer nuevas concesiones.

Y la causa es conocida de todos estos profetas yanquis. Los imperialistas desembozados usan todos los tonos para justificar que sobre la América nuestra tienen los Estados Unidos derechos que nadie puede disputarles. Citemos a Castle, a William R. Castle, jefe en varios gobiernos del Departamento de Estado. Es de los que como funcionario ha empujado sin escrúpulos el ariete imperialista. Y es de los que sin funciones disemina el evangelio agresivo de la conquista. A este Castle no debemos perderlo de vista los que estamos empeñados en denunciar la política de factoría que nos aplica el Departamento de Estado. De pronto los intereses de los petroleros, de los banqueros, de los huleiros, de la cetrería moderna, lo necesitan activo y le dan poder en el gobierno. Es de los predestinados y de los que sostienen el ritmo imperialista. Así lo entiende y lo siente Castle, porque es activo escritor y traza sus cálculos sobre la totalidad de nuestro continente.

Una empresa como el Canal de Panamá fija en Castle fundamentales principios de política imperialista. El Canal cambió totalmente los puntos de vista en que se inspiraban las relaciones del Departamento de Estado con los pueblos vecinos a ese Canal. Castle lo dice así: "Mas una vez en funcionamiento el Canal, el problema de las relaciones de los Estados Unidos se diferencié instantánea e inevitablemente de aquel de las relaciones

Tornería Eléctrica y Fábrica de Juguetes

de J. E. Valverde e Hijos



Premiados con el Primer Premio en la Exposición de Juguetes de 1935



AGENTES EXCLUSIVOS PARA TODO
COSTA RICA LA LIBRERIA ALSINA
TELEFONO 4052

Situada en la calle 12 Norte Avenida tercera

Humanizaciones

Por JOSE CARNER

= De El Sol. Madrid, 26 de octubre de 1935 =

americanas con el resto de la América Latina. El Canal llegó a ser no sólo una de las mayores rutas de agua, una de las rutas mercantiles más importantes: se volvió también una parte esencial de nuestra defensa nacional. Nuestra estrategia naval ha tenido que ser construída alrededor del Canal como un lazo entre nuestras costas orientales y occidentales".

¿De cuando en adelante dejarán los Estados Unidos de proteger los intereses de sus ciudadanos, teniendo esos intereses que ver, por ejemplo, con el concepto de defensa que del Canal tiene el Departamento de Estado? ¿Cuándo, señor Inman? Ese concepto es elástico, sumamente elástico y cada época le da su aplicación. Hoy ha variado mucho el valor estratégico de los recursos naturales que los pueblos situados en las vecindades del Canal tienen para el Departamento de Estado. En tiempos del presidente Hoover las tierras de Panamá no servían para el cultivo del hule por su poca superficie que hacía no comercial dicha industria. Y según los informes de los expertos, Panamá era el único país de América, con excepción del Brasil, en donde el hule podía cultivarse. Hoy, sin embargo, con el segundo Roosevelt, ya no existen tierras vecinas al Canal en donde no crezca fecundo el hule. La empresa yanqui que sirve en este aspecto de conquista al Departamento de Estado ha venido a coger concesiones para plantar por aquí el Hevea brasileño que antes encontraba una tierra refractaria. Estas son las necesidades de defensa del Canal a que se refiere Castle certeramente. Castle conoce hasta lo profundo la política imperialista. Cuando oígamos a Inman en sus vaticinios antiimperialistas, opongámosle las realidades imperialistas de Castle. Así nos lograremos explicar por qué el Departamento de Estado envía a sus súbditos a los pueblos vecinos al Canal a pescar concesiones por veinte años en las cuales nada dan y lo reciben todo. Así nos podremos explicar por qué tierras que cuando el gobernante Hoover las hizo analizar no servían para cultivar comercialmente el árbol del Hevea brasileño, lo sirvan hoy bajo el régimen del antiimperialista Roosevelt. Es que el Canal necesita defensas. Y cogiendo las tierras de estos pueblos se afianzan las más grandes defensas. Lo de menos es la plantación, lo de menos es la pesca en el mar mediante la concesión a largo plazo, lo de menos es la ruta aérea sin tráfico de valor comercial; lo que realmente interesa es la concesión que en el lenguaje admonitorio de don Samuel G. Inman lleva el nombre de "honduras imperialistas". Esto es lo que da poderío y grandeza al Departamento de Estado y no puede nunca el imperialismo abandonar. Mientras el yanqui obtenga para su Gobierno una concesión que su Gobierno necesite como defensa del Canal de Panamá, el yanqui estará protegido. Afirmar otra cosa es idealidad o maldad.

Releo a Chamfort una ardiente mañana, entre el bochorno. Buena lección literaria es la de su despejo; en un día como éste, repasar sus recuerdos maliciosos casi equivale a catar sorbetes.

En un capítulo informal, en que, con arreglo a una terminología ya tenida por caduca, Chamfort discurre sobre "la esclavitud y la libertad en Francia antes y después de la Revolución", hallo esta sentencia: "que no hay más historia digna de atención que la de los pueblos libres; la de los pueblos sometidos al despotismo no es más que una colección de anécdotas".

Pero el limpio escritor francés, que abomina del régimen anecdótico, nos lo hace revivir con trazos exquisitos de "pointe seche" en inestimables viñetillas.

A poca distancia de la citada máxima, Chamfort nos confía un hecho típico: "Es cosa averiguada que en el momento de ser nombrado M. De Guibert gobernador de los Inválidos albergábanse allí seiscientos soldados de mentirijillas, sin señal de herida y sin que hubiera asistido casi ninguno a algún sitio o a alguna batalla: pero en cambio habían sido cocheros o lacayos de señorones o funcionarios".

Espero que no habrá inconveniente en que se cite este ejemplillo, que por lo arqueológico resulta inofensivo. Existen algunos países en que se evita la rigidez, siempre inhumana, de los regímenes cerrados (monárquicos absolutos, dictaduras parciales y democracias aparentes) por atenuaciones —muy antiguas en la costumbre— que templan la justicia con un sistema de excepciones y mercedes; la majestad de las fachadas institucionales, con la más amena displicencia en la intimidad del recinto; la pesadez prolija de los reglamentos, con la elasticidad siempre posible en casos particulares. Fué importante figura de la política francesa hace unas décadas el bonachón y cazurro tolosano M. Constans, quien, inmunizado por sanísima llaneza contra el efecto de las hieráticas pompas orientales, dijo al tomar posesión del Gobierno de la Indochina ante el Rey Norodom: "Durante mi gobierno, aplicaré en cualesquiera circunstancias los grandes principios que son el mismo fundamento de cualquier democracia: justicia para todos, y los favores para los amigos".

Hablo, sin juzgarlas, de estas costumbres, acaso explicables en países en que las ideas carecen por algún motivo de fuerza de obsesión y arrastre, de suerte que es necesario acudir a los que en el castellano del Plata llamaríamos "amigos" para formar las oligarquías o equipos útiles para el cuidado del Estado. Afortunadamente, este sistema, aun produciendo en lugarcillos la perpetuación de banderías personalistas, goza en las ciudades de una ventaja, y es su seguridad de contar con un elemento permanente de amigos del Poder, cuyo programa es sólo éste, los cuales, por una especie de irrealidad de los partidos, pueden ser, más que partidarios, "agradadores", según una frase célebre de Calderón de la Barca.

INDICE:



ENTERESE Y ESCOJA

| | |
|--|--------|
| Fernando González: <i>El remordimiento</i> ... | ¢ 4.50 |
| Teófilo Olea y Leyva: <i>La Socialización en el Derecho</i> (Ensayo de una teoría general de las funciones)..... | 2.00 |
| Luis Rosales: <i>Abril</i> | 4.50 |
| Agustín Aragón Leiva: <i>La Ciencia como Drama</i> (Ensayos de estética y de Filosofía de la ciencia)..... | 2.00 |
| Dr. Gustavo A. Rodríguez: <i>Doña Marina</i> | 2.00 |
| Pablo Neruda: <i>Residencia en la Tierra</i> 2 Vols..... | 11.00 |

Solicite al admor. del Rep. Am.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

El mayor poeta de España

Por AZORIN

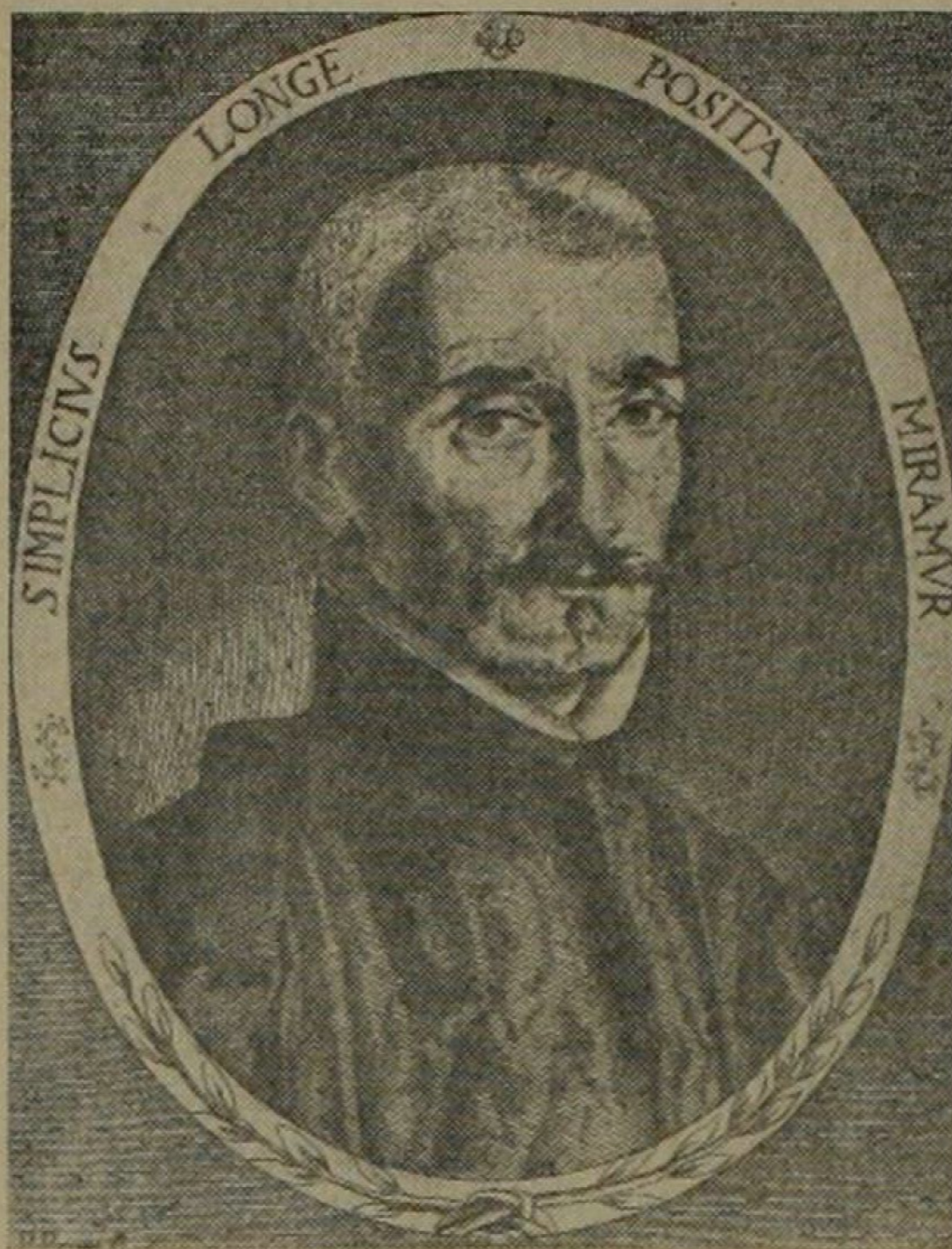
= Del librito *Lope en silueta* (con una aguja de navegar Lope). CRUZ Y RAYA. Madrid, 1935. Ediciones del Arbol =

El poeta ha estado regando, a primera hora de la mañana, las plantas de su jardín. Es una mañana de agosto; pero el poeta se ha enfriado un poco. Cuenta ya setenta y tres años. A esta edad conviene precaverse de los enfriamientos. Cuando se es viejo un enfriamiento puede ser funesto. Comienza siendo un ligero escalofrío y acaba siendo una enfermedad mortal. El doctor don Francisco Huertas, que fué eminentísimo en el diagnóstico, médico de Castelar, solía decirme: "Yo no me cansaba de decirle a don Emilio que no se enfriara". Un día Castelar, en plena primavera, estando en la ribera levantada, cedió al gusto de dar un paseo en barca por el mar. Dos días después estaba muerto. El poeta, en esta mañana de agosto, ha sentido un ligero escalofrío. Por la tarde ha asistido a una conferencia. También con las conferencias hay que tener cuidado. En la edad avanzada no se deben frecuentar. No es higiénico. No es sano. Si el conferenciante es conspicuo, la mucha aglomeración de gente hará que estemos apretujados durante una hora u hora y media. El ahogo de la multitud puede ocasionarnos desvanecimientos y ser la puerta por donde se cuele algún grave morbo. El poeta no ha podido soportar la conferencia. Durante el acto ha sufrido un desmayo. Le han llevado a su casa. Tres o cuatro días más tarde Lope Félix de Vega Carpio no existía.

Vivía modestamente Lope. Su casa era sencilla; ahora la han restaurado los académicos de la Española. El jardín es sucinto.

**Que mi jardín, más breve que cometa,
tiene sólo dos árboles, diez flores,
dos parras, un naranjo, una mosqueta.**

Lope había realizado una larga, productiva y fecunda labor. Lo había hecho con facilidad, flúidamente. No tenía que esforzarse mucho para escribir. Si dejaba correr libremente la vena, todo le salía terso, claro y brillante. Si se detenía y quería que le tuvieran por culto y sabio, hacía unos versos y tejía una prosa en que se daba una superposición absurda de lo premeditado y lo sentido. Lope no tenía por qué ser intelectual. Sensitivo, en alto grado sensitivo, por modo exquisito sensitivo, es lo que realmente era. Pero a lo largo de su vida se ve, a trechos, de raro en raro, este prurito de parecer sabio. Conoce Lope que es absurda esta pretensión suya. Se da cuenta de que es grande, magnífico, originalísimo, sin necesidad de erudición, sin necesidad de lo que llamamos ahora cultura. Y, sin embargo, cae en la tentación. Sus declaraciones respecto a lo natural son terminentes. Lo espontáneo, según él, es lo que vale. Lo demás son exornaciones inútiles. ¿Y por qué se le van los ojos a veces tras las exornaciones? La culpa la tiene el ambiente. En los literatos puede mucho el ambiente. Existe una modalidad pasajera en el pensar. Y no queremos ser ajenos a ella. Los demás literatos, sumisos a la moda, se reirían de nosotros. El público les aprobaría. Se diría de nosotros que no teníamos "preparación". Lope de Vega se reía de la preparación. La detestaba; la odiaba. Y, sin embargo, repásense las páginas del *Isidro*, una de sus obras más bellas, y se verán las márgenes cuajadas de autores a los que el poeta pretende hacer referencia. El texto no necesita para



Lope de Vega

nada de estos autores. Muchos de ellos son extravagantes. Pero ahí están, para que se vea que Lope de Vega estaba preparado. Tan estrafalaria es toda esa máquina erudita, que algún editor moderno ha pasado la barredera por las márgenes del *Isidro* y ha suprimido ese matalotaje sapiente. Las márgenes del poema riñen con la doctrina expuesta en sus versos. Eso de la erudición marginal es para Góngora y los suyos. Góngora ha sido en la vida de Lope una obsesión. Para Góngora ha sido también obsesión Lope. La doctrina de lo espontáneo a que aludimos la expone Lope al hablar de *Isidro* Labrador. Este *Isidro* no es el otro *Isidro*, el de las *Etimologías*. Este *Isidro* no sabía nada y lo sabe todo. No ha leído más que el catecismo. No ha estudiado más que los diez mandamientos. Se levanta, con esto, sin embargo, a lo más alto.

**Deste libro inexcrutable,
que abarca de polo a polo,
fué una Sibila, un Apolo:
que es estudiante notable
el que lo es de un libro solo.**

Un libro sólo puede bastar en la vida. Un libro solo si lo sabemos bien leer. Un libro solo si a la par observamos la realidad y ponemos fervor y amor en la observación.

**Que cuando no estaban llenos
de tantos libros ajenos
como van dejando atrás,
sabían los hombres más
porque estudiaban en menos.**

El libro debe ser tan sólo un excitante. No necesitamos, como aperitivo del yantar del mundo, muchos libros. Lope de Vega no es un solo poeta: hay en Lope muchos poetas. Todo lo que se puede hacer en poesía, en Lope está. Todo lo que en poesía se puede hacer, en Víctor Hugo está. En Lope están Garcilaso, Herrera, Castillejo, los Argensola, Góngora. No tiene Góngora versos más peculiares, más suyos, más de su estro privativo, que algunos de Lope.

**Cuando el rocío del aurora hermosa,
en copa de cristal teñida en grana,
con brindis al jazmín bebió la rosa.**

¿Quién no diría que estos versos son de

Góngora? Lo sabía hacer todo Lope. Existe de todo en su poesía. Hay emoción, ternura, ironía, tragedia, honduras sugestionadoras, ámena frivolidad, unción, sarcasmo. Pero Lope, de cuando en cuando, piensa en Góngora. Y Góngora piensa en Lope. Las relaciones entre los dos ingenios fueron cordiales en apariencia. Lope estimaba realmente a Góngora. En el libro que Icaza ha dedicado a Lope se habla de los odios "implacables" de Lope. Por dos veces se emplea esta palabra "implacable". Nada más inexacto. La vida rápida, voluptuosa, sensual, de Lope no admitía esta detención en el malquerer, este remanso de ira, este pozo de rencor que implica el vocablo implacable. Lope gozaba del momento. El momento era para él un paisaje, un espectáculo cortesano una amistad, un amor. De una cosa pasaba velozmente a otra. No había en su alma sedimentos de odio. Góngora era para él un buen poeta; pero un poeta extraviado. Lope ha sido un gran poeta y un agudo crítico. Ha creado y ha sabido cómo se crea. Su *Discurso de la nueva poesía* es un admirable fragmento de estética. Ciertamente era antaño lo que se dice en esas páginas. Ciertamente es ahora. El problema fundamental de la poesía está dilucidado con claridad y exactitud en ese ensayo. En tales páginas es donde, sin nombrarlo, habla Lope de Góngora. Se hallan incluso en *La Filomena*, miscelánea de prosa y verso, de poesía y novela, publicada en 1621, las referidas consideraciones estéticas. Lope recuerda su antigua amistad con Góngora, elogia al poeta, dice que ha alcanzado la mayor dulzura y añade que "quiso (a lo que siempre he creído con buena y sana intención, y no con arrogancia, como muchos que no le son afectos han pensado) enriquecer el arte, y aun la lengua, con tales exornaciones y figuras cual nunca fueron imaginadas". Si en tiempos de Góngora se culteranizaba y si ahora se incongruiza, causa de ello es el repudio a lo natural. "Creo que muchas veces —dice Lope— la falta del natural es causa de valerse de tan estupendas máquinas el arte". Como ahora la inconexión es la clave de la nueva poesía —nueva hace quince o veinte años— antes lo era la trasposición. "Todo el fundamento de este edificio —dice Lope— es el trasponer; y lo que le hace más duro es el apartar tanto los adjuntos de los sustantivos, donde es imposible el paréntesis. Que en lo que en todos causa dificultad la sentencia, aquí la lengua". Lope ve con disgusto cómo se opera una regresión en la poesía. Todo lo andado desde el tiempo de don Juan II es desandado. Se vuelve a lo latinante y laberíntico. Juan de Mena escribía versos como este:

El amor es ficto, vaniloco, pigro.

Y ahora, merced al caballero de Córdoba, se torna a escribir del mismo modo. ¿Qué cara pondría Góngora cada vez que Lope, al desgair, con viva gracia, lanzaba uno de esos sonetos en que ridiculiza a los cultiparantes? No empece en Góngora lo de gran poeta —gran poeta lo es— a lo de rencoroso. A las causadas anticulteranas de Lope, burlerías sin trascendencia, Góngora contestaba con versos envenenados. No los tomemos en cuenta. Hagamos la síntesis de los contrarios. Amemos a Lope y amemos a Góngora.

Eglantina me aferró la mano.

—Tú debes ir. Debes hablarle tú.

—¿Yo? Pero si ni siquiera lo conozco.

—Por eso mismo. Si te conociera, si supiera que eres mi amiga, no te recibiría. Debes hacerte pasar por una enferma, por una paciente cualquiera, y cuando te encuentres sola con él en su estudio, debes tomarle ambas manos, y exclamar: "Doctor, ¡perdonad a Eglantina!"

Yo sonreí. Eglantina era la romántica de siempre. La misma de aquellos tiempos, cuando estudiábamos juntas en el Pensionado de Zollikofer. Hoy, después de tantos años, yo venía a Berna a pasar una temporada de invierno, y había avisado en seguida mi llegada a la antigua amiga de colegio.

Y hénos aquí, en la hora crepuscular propicia a las confidencias íntimas, sentadas en el tibio saloncito de la Villa Frey, delante de la exquisita *jause de miel, mélange* y pasteles, cambiando recíprocamente nuestras confidencias. Las mías eran breves; ¡claro!, las mujeres felices no tienen historia. Pero Eglantina, que había huído de la casa dos meses antes, me contaba entre sollozos sus congojas.

—¿Ana! Si tú supieras lo que significa vivir sola, perdida, en un cuarto amueblado, después de haber estado habituada a todo lujo, a todo refinamiento. Vivir lejos del marido, a quien se adora...

—¿Pero, cómo lo has dejado, si lo adorabas?

—¡Porque estaba loca! Exclamó Eglantina. No sé qué me pasó. Quería hacerme la interesante; hacer lo mismo que las mujeres de las novelas suizas... Sabes, también..., como esas mujeres fascinadoras, extrañas, complicadas... ¡No me pongas tanto azúcar, que me hace engordar! Naturalmente, creí que él me llamaría en seguida, pero nada, no lo hizo; ¡ah! es un monstruo ese hombre, un verdadero monstruo.

Yo sonreí. ¿Un monstruo? Pero si todos hablan de él como de un genio.

—Sí, sí, cara amiga; un genio. Pero ensaya tú a vivir con un genio, y verás qué vida de infierno.

—Pobre amiga mía. ¿Quieres más crema? ¿Te maltrataba, entonces?

—Realmente, repuso Eglantina, no podría decir que me maltrataba. Pero estaba tan concentrado en su trabajo, en sus cálculos, en su investigación científica, que no se daba cuenta de mi existencia. Siempre encerrado en su laboratorio; siempre inclinado sobre aquel execrable microscopio, rodeado de centenares de pedazos de vidrios puntiagudos, de mil colores... Para nada me tomaba en cuenta en su vida; un germen

Perdonad a Eglantina

Por ANNIE VIVANTI

= Lo escribe: Annie Vivanti, nacida en Londres en 1868; de padre italiano y madre alemana; a la edad de 10 años escribió varios poemas en inglés. Autora de un libro de versos: *Lírica*, y de varias novelas y tomos de cuentos. Escritora italiana que ha merecido muy altos juicios, de autoridades en el mundo de las letras. Lo traduce del italiano, y lo envía Gris.—New York, 1932 =



Músico ambulante

Madera de Max Jiménez

cualquiera, cualquier microbio, le interesaba más.

—¡Pobre Eglantina!... Toma otro pedazo de queque.

—Cuando le acariciaba la mano, sentía sus dedos correr instintivamente a mi pulso, y constatar las palpitations. Y cuando en momentos de abandono apoyaba su cabeza sobre mi pecho, le oía murmurar entre sí: **Taquicardia**, y me prescribía el estrofanto.

Serví una segunda tajada de queque a mi amiga, quien la comió triste y distraída.

—¿No has probado a escribirle una carta bien bonita?

—¡Le he escrito centenares! No las lee, ni las recibe. Su asistente químico, que también le hace las veces de Secretario, tiene orden de destruir todas mis cartas. Me lo ha dicho la enfermera, a quien veo a escondidas. Ah, ese asistente químico, ¡qué hombre más loco y odioso! Es un maniático, un psicópata. El mismo no ve en su vida más que microorganismos y gérmenes patógenos.

Sus ojos se anegaron en lágrimas — sus ojos azules con transparencia de acuarela, como los de tantos suizos, que semejan el re-

flejo del pálido cielo sobre sus glaciares.

—¿Ana, Ana! Sólo tú puedes salvarme, devolverme la paz y la felicidad. Tú fijarás una cita con mi marido, e irás a decirle: ¡Perdonad a Eglantina!

Yo soy de índole obediente y dócil. Aquella misma tarde la enfermera del Doctor Hilgard me decía: "Está bien. El profesor la recibirá mañana temprano, a las nueve." Y cuando iba a colgar el auditor, la oí agregar: "¡Y tenga el cuidado de venir en ayunas!"

A la mañana siguiente, con aquel aire matutino que helaba, atravesaba a prisa el **Barenplatz** en momento en que sobre la alta torre del reloj público las figurillas fantásticas de los enanos giraban sobre sus goznes y golpeaban nueve veces con su martillo la esfera del inmenso reloj.

Conozco la puntualidad suiza y temiendo llegar tarde, dí vuelta a prisa bajo el pórtico de la **Marktgasse**, y llegué sin poder casi respirar a la casa del ilustre patólogo, cuyos descubrimientos en el campo de la ciencia médica han revolucionado las teorías más atrevidas y modernas. La enfermera,

adusta y correcta, me pasó a un vasto salón; aquí nadie atendía. Sobre la mesa de centro, grande y brillante, ni un libro, ni una revista. En una esquina, sobre una silla, un abrigo de ardilla de Siberia. Supuse que el doctor estaba ocupado con una paciente. Me senté en el diván, y pensé, temblando, en la entrevista. ¿Si el doctor descubría en seguida que yo no estaba enferma?... ¿Cómo empezar mi discurso? Imposible tomarle de pronto las manos y decirle: "¡Perdonad a Eglantina!" Sentí frío y calor al sólo pensarlo.

Me levanté y caminé nerviosamente por la habitación; me asomé a la ventana a contemplar la curva luminosa del río Aar, y me asaltó la idea de la fuga. Pero en ese momento se abrió la puerta que daba al estudio del doctor, y sobre el umbral apareció una señora. Pálida, un poco gorda, con pelo rojizo. Atravesó rápidamente la sala, fué a tomar la piel y volvió al estudio. Noté que la expresión atormentada de su cara contrastaba con la hermosura de su cuerpo y con la elegancia rebuscada de su traje. Mientras tanto el doctor había comparecido en el vestíbulo; un hombre bien parecido, de frente ancha, de líneas austeras y de mirada viva; una que otra cana se asomaba en su cabello oscuro, abundante y lúcido. La visitante lo saludó nerviosamente, y él le dijo en tono suave: "Repóngase del susto que le he ocasionado, y vuelva mañana a las nueve para saber el resultado del examen". La señora se despidió. El profesor se volvió a mí y con un movimiento de cabeza me invitó a entrar en su estudio.

—Siéntese, dijo indicando un sillón al lado de su escritorio; y acomodándose al frente, fijó en mí su mirada penetrante.

Aquella mirada me turbó; me dejó muda.

—En qué puedo servirla, preguntó tras un instante de silencio.

—He... he oído hablar tanto de usted, empecé. Una amiga mía...

Hizo un ligero gesto como para evadir el cumplido.

—Qué molestia le aqueja, interrumpió con sequedad.

—Pues... verdaderamente, murmuré confusa, no sé cómo decirle... en suma, no es por esto...

El doctor alzó la vista hacia la pared donde un gran péndulo indicaba con rítmico golpe la fuga del tiempo. Después de un breve silencio preguntó:

—¿De qué sufre usted?

Quise gritarle: No soy yo la que sufre. Es su mujer. Es su esposa quien sufre y suspira. ¡Perdónela! ¡Llámela! Pero ante aquel rostro férreo e impasible, mi valor se desvaneció. Callé.

El doctor tamboreó con los dedos sobre el escritorio.

—¿Quiere describirme sus síntomas?

—Algunas veces, balbucée,—para ganar tiempo y para entretener su atención— tengo como vértigos. ¿Sabe?... La cabeza me da vueltas...

—¿Ah?, dice el doctor.

—Sí, dije yo.

Hubo un nuevo silencio.

Entonces me tomó el pulso y apoyó ligeramente sus dedos; luego sacó un registro, lo abrió y movió la pluma.

—¿Su nombre?

Se lo dije.

—¿Su edad?

También la dije.

—¿Enfermedades anteriores?

Como si lo hiciera al propio, no me vino a la mente más que una lejana enfermedad de infancia.

—Paperas —murmuré.

El profesor escribió en el registro: Paperas. Luego me miró, larga, fijamente.

—Señora, dijo, hasta el momento creo poder darle un dictamen favorable acerca de su salud... física.

Me parece que dudó de la mental.

—Todavía, —prosiguió—, como usted debe saber, yo nunca hago una diagnosis sino hasta después de un cuidadoso examen de la sangre.

—Lo sé, —interrumpí.—Mi amiga me ha hablado de sus maravillosos descubrimientos en este campo. Aquella amiga, profesor, es una persona encantadora, y es tan infeliz...

El profesor alzó de nuevo los ojos hacia el péndulo.

—¿Usted desayunó?

—Sí, contesté yo asustada.

—Entonces tenga la bondad de desnudar su brazo derecho. Y se levantó.

Obedecí temblando.

—Siéntese aquí. El doctor me señaló una poltrona al lado de una caja de instrumentos quirúrgicos. —No se impresione, agregó. No le haré ningún daño.

Diciendo esto volvió la espalda y se apresuró a alistar algunos objetos sobre la mesa de vidrio. Mientras tanto, tal vez por distraer mis pensamientos, y por atenuar el miedo que en mí adivinaba, se puso a conversar muy amablemente.

—La sangre, señora, es el mago que revela los secretos más profundos de nuestro organismo, las tendencias latentes y oscuras que hay en nosotros; es el nigromante que dice el pasado, el presente, y hasta el porvenir. En esto precisamente consiste el valor de mis modestos descubrimientos: mediante este nuevo procedimiento en el examen de la sangre, hoy día podemos predecir lo venidero, afrontar y vencer la enfermedad antes que ella, de hecho, exista.

Diciendo esto me ponía una vasija pequeña debajo del codo, y ataba rápidamente alrededor del antebrazo un tubo de goma. Yo cerré los ojos. Tuve primero una sensación de frío en la cavidad del brazo; luego un golpe seco, un dolor intenso. Abrí los ojos y vi que apretaba contra mi brazo una ampollita que se llenaba de sangre muy lentamente.

—¡Ya está! Y con rapidez me ligó el brazo.

—Repóngase, y vuelva mañana para conocer el dictamen.

Con sonrisa bonachona me extendió su mano.

Este era el momento propicio: Ahora o nunca debía cumplir mi misión.

—Profesor... ¿me permite una palabra? Su semblante se nubló. Alzó de nuevo sus ojos hacia el péndulo. Luego con gesto cortés pero resuelto abrió la puerta.

—Mañana, señora, a las nueve y cuarto. ¡Para servir a usted!

Cuando salí, vi a la puerta un coche cerrado, y asomada a la ventanilla, la cara de expresión nerviosa de Eglantina, bajo un sombrero nuevo adornado de rosas.

—¿Puedo salir?, balbuceó.—¿Me espera? ¿Me ha perdonado?

—¡No me hables!, dije yo, con calofríos; y me senté a su lado en la carroza. ¡Cocheero!, a la Villa Frey.

A las nueve y cuarto de la mañana, con ánimo resuelto, llamaba a la puerta del Doctor Hilgard. Esta vez nada me impediría cumplir con el mensaje de Eglantina. La infeliz había pasado la noche en llanto y convulsiones, y yo, conociendo su índole exaltada, temía un acto insano, alguna locura irreparable.

En la antecámara del doctor me encontré cara a cara con la señora del día anterior. Si no hubiera sido por su cabello rojo no la habría reconocido. Parecía transfigurada, radiante. Se despedía efusivamente del profesor. Yo me detuve, retrocediendo un poco.

—¡Doctor!—Sus ojos despedían fulgores, la boca enrojecida sonreía—. Usted me ha salvado la vida. Me siento renacer. El hecho mismo de saber que estoy sana me ha librado milagrosamente de toda desventura.

—La fuerza de la autosugestión, rió el doctor. El buen Cué tiene razón cuando dice que para curar de todo mal basta la convicción de que no se tiene.

En un rapto de alegría la señora le tomó la mano y la llevó nerviosamente a sus labios. Luego salió, ligera. —He aquí una mujer feliz, observé, entrando en el estudio del doctor; y de seguido, para no perder el valor, me apresu-

ré a lanzar el argumento que me estaba a flor de labio.

—Esa dama es feliz, pero yo conozco una... ¡que no lo es!

El doctor se volvió a mí, y me miró. Noté que su expresión era más grave, pero menos dura que el día anterior.

—¿Se refiere a usted misma, señora? Con gesto casi afectuoso tomó mi mano: Usted no tiene razón de sentirse infeliz. La sometemos a un tratamiento, la curaremos... ¿Me entiende? Le prometo que curará.

El susto me paralizó. Sentí que la nueva me había vaciado el corazón.

—Se lo aseguro, continuó el doctor. Reconocida a tiempo, la cosa no presenta la gravedad que...

—¡Dios mío! Entonces yo... ¿yo estoy enferma? ¡Doctor! ¿Qué tengo? ¿Qué tengo?

—Señora, —dijo él con autoridad,— ante todo, le prohibo exaltarse. Se volvió y tomó una tarjeta del casillero del escritorio; lo consultó. He encontrado en usted una leve alteración nerviosa que tiene un interés puramente académico. Hay además —el profesor bajó la voz—, hay en su sangre la tendencia (fíjese que digo la tendencia!) a neoplasma de carácter grave. Usted debe someterse a una cura intensa por cerca de dos años...

No oí más; creí que deliraba. ¿Enferma, yo? ¿Amenazada de un terrible mal? ¿De aquel mal temible del cual nunca he osado, sin temblar, pronunciar su nombre?... ¡Una cura de dos años!

Todo giraba en torno. Una nube me veló la vista.

Abajo, como el día anterior, Eglantina me esperaba en la carroza. Apenas me vió, preguntó ansiosa:

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que estoy enferma. Y solté el llanto.

¿Sabéis qué significa vivir bajo la pesadilla de una condena atroz?

Levantarse, moverse, salir, entrar, siempre con aquel pensamiento fijo; ver a los otros que van y vienen, que hablan y ríen sin preocupaciones, y preguntarse: ¿Habrán alguien entre estas gentes que tenga el mismo mal que yo? Buscar en todas partes, solamente y siempre la tragedia de la enfermedad. Estar siempre con el oído atento, alerta siempre para notar algún síntoma de mejoría o de empeoramiento. Interrogar, escrutar en los ojos de los otros una mirada de piedad o de sorpresa...

Abatirse hoy, y rezar, descorazonado; levantarse mañana en desesperada rebelión. Decirse mil veces al día: Cuando estaba sana, ¿por qué no era feliz? ¿Cómo pu-

de sufrir, irritarme, desesperarme por cosas sin importancia? ¿Tomar tan a pecho esto o aquello?...

Y en las noches de insomnio levantarse y vagar por la casa; sentir la necesidad de desvelar a todos para torturarlos con la tortura propia. Querer que todos sufran como sufrimos nosotros. No sentir más por los otros ni amor, ni compasión, ni indulgencia, sino concentrarnos en una ilimitada piedad de nosotros mismos.

Creer que todos son crueles, egoístas, todos malvados, porque duermen, porque comen, porque hablan, porque viven... Mientras nosotros, encerrados en nuestra desesperación, esperamos, con calofríos de muerte...

Así viví yo. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Días que parecían siglos; noches que parecían eternidades. Único aliciente, única luz en la oscura desolación de aquella hora, único consuelo —¡Eglantina! Tierna, incansable, se olvidó de sí y fué para mí más que una hermana de la caridad, más que hermana. Cerca de mí, su paciente vigilancia era como una lámpara eternamente encendida.

Una mañana, muy temprano, me trajeron un mensaje. Era del doctor Hilgard. Dos palabras: **Venga inmediatamente.** Atolondrada, vacilante, me levanté. Temblando más que yo, Eglantina me ayudó a vestirme.

Pocos instantes después entraba en el estudio del doctor. Se levantó rápido y vino a mi encuentro: su rostro tenía expresión más humana, y sus manos temblaban.

—¡Señora! Ha habido un error enorme. La diagnosis que le hice no se refería a usted. Mi químico ha cometido un error gravísimo, un cambio de ampollitas... Usted está sana... Perfectamente sana...

El mundo giró en torno a mí. En el delirio de alegría que sentí, me vino un pensamiento: el recuerdo de la señora de los cabellos rojos, con la expresión transfigurada por la dicha.

—Entonces... ¿era ella?

Se me escapó un sollozo.

—¡Ah! ¡Aquella señora que tan feliz parecía!

El doctor me dió una mirada indefinible.

—También a ella la salvaremos, dijo, con voz un poco cansada. Después, fijando sus ojos en mi rostro, marchito por el sufrimiento, dijo muy emocionado:

—¡Pobre señora mía! ¿Cómo podré compensarle jamás tan horrenda e inútil tortura?

Encontré entonces la fuerza para balbucear tres palabras:

—¡Perdonad a Eglantina...! Y me desmayé.

Poesías de Jorge Carrera Andrade

= Envío del autor.—El Havre (Francia), julio de 1935. =

SUMA

El molino de viento, el tambor y la rosa.
El acordeón, el cubo de agua y el espantajo.
La escalera de las gallinas y el sombrero sin sombra.
El muro donde el sol pega su cartel blanco.

La pala que voltea volúmenes idénticos
y los pájaros de color que maduran sobre las ramas.
El aire que vive su sueño en la cristalería
y el bastón que se enrosca en la silla de paja.

Las lechugas que van al río en orden escolar.
Las caperuzas subterráneas de los rábanos.
La regadera, el nido y los hongos de la madera:
Cifras verdes, sumandos animados.

PROFESORA DEL MUNDO

Tú explicas la geografía de las nubes
aliada de las ventanas y de los estanques,
la campana que cuenta despacio sus onzas de oro,
esos jardines que viajan en el viento,
el mar que tiende sus azules redes
para su eterna cacería de palomas:
el mundo todo y su armadura transparente.

Tu cuerpo es un regalo de la tierra.
Pertenece a la república de los pájaros,
las frutas y las plantas
y los cielos desnudos y virginales que se acuestan en las montañas.
Tú descifras al hombre la clave fresca del río,
el secreto púdico de las manzanas,
la ternura de la rama que mece su fruto como un hijo,
el movimiento cómplice de las rutas
que esconden una promesa nueva en cada recodo.

Tú enseñas los recónditos números

con que se enlazan las cosas en la cósmica escala.
Guías el sueño del hombre en los olores y las músicas.
Siembras, mueves y presides los más invisibles crecimientos,
Profesora de amor, indicadora
de la Carta Marítima del cielo.

CARTEL ELECTORAL DEL VERDE

Verde marino, almirante de los verdes.
Verde terrestre, camarada de los labradores,
innumerable anticipo de la felicidad de todos,
cielo infinito del ganado que pasta frescas eternidades.

Luz submarina del bosquecillo
donde plantas, insectos y pájaros viven consumiéndose
en el amor callado de un dios verde.
Olor verde de la carnosa cabuya
que en su marmita vegetal elabora
un profundo licor
hecho de lluvia y sombra.

Mesa tropical donde suda con su penacho verde
la cabeza tatuada de la piña.
Arbustos de jorobas verdes
parientes pobres de las colinas.
Verde música de los insectos que cosen sin cesar
el paño grueso de la grama,
los zancudos que habitan en los violines
y el redoblar del opaco tamborcillo verde de la rana.

La verde cólera del cactus
y la paciencia de los árboles que recogen en su red verde
una pesca milagrosa de pájaros.
Todo el verde aplacador del mundo
ahogándose en el mar, trepando las montañas hasta el cielo
y corriendo en el río—escuela de desnudez—
y en la vaca nostálgica del viento.

Aire para besarte

= Del próximo libro de poesía LUZ DEL NUEVO PAISAJE.—Envío del autor. Quito, Ecuador, 1935 =

Aire para besarte, anillados los besos, flores amortecidas.
Tu garganta recién nacida, herida en la luz.
Manos.
Tu garganta, cansada en el medio camino de las manos.
Hoy, presentimiento en presentimiento, lloverá tinta clara.
La mirada dolida, la luz arañando tu luz.
La voz, sin poder dominar la pereza del color desmayado.
Y la palabra, que se queda, que se tropieza, que se anilla a los besos.
Y la palabra, apagada, que no arde, como los fósforos mojados.
Y la tristeza, suave, creciendo como una caricia sobre las palmas de
las manos.
Y el agua, estremecida en las piscinas desiertas, soñando con el
sol ausente,
soñando con tu cuerpo ausente, soñando con tu luz ausente, diluídos
los besos en la luz, en las olas dañinas de la luz del domingo,
estremecida con el aire frío,

el aire frío, el frío aire —aire para besarte, frío aire para besarte—
hoy.
Aire para besarte, hoy.
Aire para besarte, aire para anillarse en tus cabellos.
Para alargarse en tus cabellos, para extenderse en tus cabellos,
ondulados en dirección a la carrera del viento.
Aire para besarte, hoy que esta luz de domingo nos duele en los
huesos.
Hoy, cuando la hierba tiene el color triste de la equimosis de una
herida.
Hoy, cuando las flores palidecen y el aire —aire para besarte— se
encoge y se alarga en la gimnasia del suspiro.
Hoy, cuando duele la mirada crecida sobre el presentimiento.
Aire para besarte, hoy, recién llegada la carta nacida lejos, a una
hora cansada.
Hoy, aire —aire para besarte—, aire dolido, aire dañino, aire que
duele al entrar en el pecho.

A l e j a n d r o C a r r i ó n

La conquista del desierto

Por LUIS E. HEYSEN

= Envío del autor. Lima, 1933 =

Cuantos cruzan el litoral peruano no podrán disimular la impresión que ha de producirles el nacimiento interminable de una realidad semi-virgen que nunca acaba de nacer, debido a la ausencia de un plan económico serio y factible que diseñe las bases agrarias de su economía y señale los rumbos de su industrialización, hoy por hoy en crecimiento espontáneo. Los muelles diminutos, el ir y venir de los viejos vaporcitos y de los modernos aeroplanos, los ferrocarriles de vía diversa, los caminos intransitables expresan, todos, un movimiento cuyo eje potencial de irradiación está constituido por el factor capital (en gran parte extranjero) estacionado en los valles en donde el petróleo, el azúcar, el algodón, el arroz y la vid prosperan y por el factor hombre (campesinos y profesionales peruanos) sujeto a un salario de hambre o a un sueldo mísero y a una existencia paupérrima. La vida económica de la región más adelantada del territorio no logra salir de los cánones que fija su proceso feudal, rutinario y azás vegetativo, a pesar de la prosopopeya y locuacidad de quienes en congresos, certámenes y conferencias de índole nacional e internacional lo niegan con un cinismo desconcertante y único. No hay sino que hacer el examen objetivo de los períodos históricos que hemos pasado y discurrir cómo se han aprovechado, para obtener la penosa constatación de lo que en sí vale el un millón ciento cincuenta y nueve mil hectáreas que forman la faja angosta y árida de nuestro litoral, teniendo en cuenta que sólo se cultivan 350,000 hectáreas y que 359,600 las ocupan cerros o tierras estériles, quedando un saldo de 450,000 hectáreas que la mano del hombre hasta hoy no ha podido irrigar.

La primera función del hombre es la lucha por elevar el medio social del cual es producto. Si tal faena no hu-

biera sido cumplida, todavía nos encontraríamos en las cavernas del troglodita. Hasta las tribus nómades de Arabia y otras zonas desiertas del Asia rompen la tradición inmemorial y ofrecen el espectáculo maravilloso de trocar sus caravanas por el automóvil y el avión. Los beduinos de estos tiempos se empeñan en dominar a la realidad desiértica y cavilan pugnares por una época de asignación de tierras, irrigación, educación, libertad, higiene y bienestar social. Empero, a nosotros la incuria, la inercia y el más allá, nos devoran desde el siglo XVI. Ni la tierra ni el agua han logrado concertar una armonía en la economía agraria peruana; el desequilibrio entre ambos factores de producción ha sido norma durante cuatro siglos. El Imperio Incaico sigue siendo antecedente ejemplar en este orden. Los canales del incanato irrigaban más de 700,000 hectáreas y el sistema de represas permitía almacenar el agua para verterla sobre los terrenos apelmazados por la sequía. El Virreynato y la República no han logrado ni siquiera

alcanzar tal organización, cuando la época impone superarla. Aplastados por el medio y encerrados dentro de una muralla de prejuicios y de rancias ideas, el hombre peruano de nuestros días no ha vencido a la realidad, sino que es un vencido cuya reacción saludable se hace esperar con demasia. Pareciera que sobre él posase como una tremenda maldición el desierto de nuestros despoblados sin agua y el de nuestra agricultura de riego artificial, constantemente amenazada y victimada por los ríos de arena de nuestros veranos sin lluvias.

Frente a la costa peruana pasan dos corrientes, la una antártica de agua fría que es la corriente de Humbolt y la contrariante del Niño. A causa de aquélla el calor del trópico se transforma en brisa suave y refrescante; pero, también, como el mar es menos caliente que la tierra, no llueve o llueve mucho menos de lo que necesitan los cultivos tropicales de nuestro litoral. Lógico era que el hombre que disfrutara de las bondades de la corriente de Humbolt no la considerara un mal, obteniendo por sus propios medios y elementos el complemento del riego para sus campos; mas, la realidad es otra. Aquí se blasfema contra el calor y se llora lágrimas de fuego por la falta del agua que los incas del Tahuantisuyo pudieron técnicamente alcanzar el desierto costero y que los hombres del siglo XX, aun no lo han conseguido sabiendo, sufriendamente, que sobre las arenas es imposible edificar nada.

Nuestra región, malgrado tales circunstancias, está destinada a ser el asiento primordial del agro peruano y ya lo es, sin duda alguna. Lo que importa es hacer política agrarista real para iniciar la construcción agraria de la economía peruana; no repitiendo, naturalmente, los males del **agarrismo** criollo que no irrigó el desierto ni dió tierras al campesino, habiéndolo prometido en brazos de la demagogía. Por eso, si la voz de orden de Emiliano Zapata fué **Tierra y Libertad**, sin haber conocido el "Zemlia Volia" de los rusos del año 1905, el grito de nuestra costa debe ser: **Agua y Libertad**.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

| | |
|--|------|
| Vicente Huidobro: <i>Poemas Articos</i> | 2.00 |
| Vicente Huidobro: <i>Adán</i> | 2.00 |
| Alberto Masferrer: <i>El Libro de la Vida</i> , tomo I. | 1.00 |
| Vicente Huidobro: <i>Ecuatorial</i> | 1.00 |
| Rafael Cardona: <i>El sentido trágico del Quijote</i> | 3.00 |
| J. Pijoán: <i>Mi don Francisco Giner</i> | 2.00 |
| Manuel G. Prada: <i>Bajo el Oprobio</i> | 3.00 |
| Alberto Masferrer: <i>Ensayo sobre el Destino</i> | 1.50 |
| Constancio C. Vigil: <i>El Erial</i> | 5.00 |
| Pablo Alfonso Vasconez: <i>Israel, Arabia, India</i> | 1.50 |
| Pablo Alfonso Vasconez: <i>El Verbo</i> | 2.00 |
| Francisco Zamora: <i>El Salario Mínimo</i> | 0.50 |
| Carlos H. Pareja: <i>El Derecho Civil Soviético</i> (Principios fundamentales-Tendencias e Innovaciones-Conclusiones)..... | 0.50 |
| Reberto Brenes Mesén: <i>Los Dioses vuelven</i> (Verso)..... | 3.00 |
| César Uribe Piedrahíta: <i>Toá</i> (Narraciones de caucherías)..... | 4.50 |
| Fabio Fiallo: <i>Las mejores poesías de los mejores Poetas</i> (Liricas)..... | 1.00 |
| Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i> | 2.00 |
| Genaro Estrada: <i>Senderillos a Ras</i> . Pasta..... | 2.50 |
| Arturo Mejía Nieto: <i>Relatos Nativos</i> | 2.00 |
| R. Brenes Mesén: <i>Lázaros de Betania</i> | 2.00 |
| Leopoldo Lugones: <i>Lunario Sentimental</i> | 5.00 |
| Leopoldo Lugones: <i>El Libro de los Paisajes</i> | 4.00 |
| Fernando González: <i>El hermafrodita dormido</i> | 4.00 |
| Claudia Lars: <i>Estrellas en el pozo</i> | 2.00 |
| Porfirio Barba Jacob: <i>Rosas negras</i> | 3.00 |
| Fernando González: <i>Mi compadre</i> | 6.00 |
| Eurípides: <i>Tragedias</i> . Pasta..... | 2.50 |
| Platón: <i>Diálogos</i> . 2 vols. Pasta..... | 5.00 |
| Los Evangelios, 1 tomo pasta..... | 3.00 |
| Homero: <i>La Iliada</i> . 2 vols. Pasta..... | 5.00 |

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

LA COLOMBIANA

Sastrería de F. A. GOMEZ Z.

OFRECE los mejores Casimires Ingleses, el mejor sistema de corte y los mejores operarios para la confección de sus trajes.

* Si Ud. no es cliente, mande hacer su vestido en esta su casa.

El próximo lunes se hace la Serie MEDELLIN. Quedan pocas Acciones

Av. Central frente a Cías Eléctricas

TELEFONO 5285

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

Salidas de Pío Baroja

= En la novela DESDE EL PRINCIPIO HASTA EL FIN, última de la serie *Memorias de un hombre de acción*, editada por Espasa Calpe, S. A., Madrid =

Las señas que venían al margen eran éstas: Baja estatura, pelicano, con peluca rubia. Sin patillas. Color blanco, cara delgada, con facciones afiladas. Ojos de gato y algo bizco. Voz chillona. Es muy diestro en arte del disimulo, así como osado para la intriga.

Estas persecuciones son naturales viviendo en el campo de la política, en donde el animal de cuerno y de pezuñas es el más frecuente.

Si yo llegara alguna vez a tener poder sabría también hacer identificaciones parecidas y mandar llevar con cadenas o con grillos a algunos granujas y farsantes del ejército y de fuera del ejército. Amor con amor se paga.

La persecución arreciaba. Pensé si querían apoderarse de los papeles conservados por mí en el caserío Ithurbide, de Bidart. Tomé un coche y marché a esta aldea. En el caserío guardaba unos cuadros y algunos papeles para mí importantes. No sabía qué hacer con ellos. No me fiaba de nadie. En la desgracia la suerte se tuerce, y, como decía Valdés de los Gatos, si se está en la miseria, hay que ocultarlo, porque el hombre es tan bueno, que no quiere ocuparse más que de la gente feliz y que vive bien.

—¿Ud. cree en abogados? —me preguntó Vinuesa.

—¡Hombre..., a veces!

—Ya sabe Ud. lo que se cuenta del abogado que dejó la mayor parte de su fortuna a una casa de locos, porque decía: Esto es una restitución; he ganado mi dinero con ellos.

—¡Bien! Pero eso es una broma, y en cuestiones legales no hay más remedio que retribuir a ellos, por muy antipáticos que sean.

—¡Ah, claro!

Ha sido usted un agente de la reina Cristina; ésta ha perdido la partida, es impopular. Basta. Quiere usted ser fiel a la desgracia; es una falta política, es la peor recomendación que puede usted tener para con los diferentes partidos políticos y periódicos de aquí y de todas partes.

Pronto se pudo notar que Espartero no tenía condiciones de gobernante. No podía dejar a un lado su condición de militar, y de militar partidista y vanidoso, y su deseo de favorecer a los amigos para que le alabasen.

Al parecer influyeron también en mi destierro la infanta Luisa Carlota y sus amigos, que me consideraban adversario de las pretensiones de la familia, y Martínez López, el cochambroso y pedantesco gramático y libelista.

Por todos estos motivos me expulsaron de Francia, pasándose el ministro por debajo del sobaco libertades individuales y demás zarandajas que aparecen en las Constitucio-

nes y por las cuales han muerto tantos ilusos y tantos infelices.

Fué mi expulsión una canallada más de políticos que se llamaban liberales.

En el artículo de *El Correo Nacional* se insertaban algunos párrafos de mi Memoria para molestar al General Espartero. De paso, a mí se me atacaba y se me trataba en broma.

La pedrada no podía venir más que del marqués de Miraflores. El marqués, no contento con dejarme en las astas del toro en Francia, me recomendaba a un canalla como Salvador y luego daba ocasión de que me atacasen mientras estaba desterrado.

Los políticos son de este porte.

Por entonces escribí una carta al general dándole mi palabra de honor de que nunca había intrigado contra él y diciéndole mi opinión sobre las circunstancias políticas del momento. Le encargué a don Modesto Cortázar que se la diera en Madrid. Espartero la recibió con desdén.

—Nuestro Kuli-Khan no ha querido leerla —me escribió Cortázar.

Me pareció una prueba de estupidez, de soberbia imbécil e incomprensiva. Es lamentable que siempre las circunstancias políticas sean tan extrañas que sólo los estúpi-

dos, los infatuados y los necios puedan estar en condiciones de mandar en los pueblos.

Con el triunfo del Duque de la Victoria y de sus amigos no vino la tranquilidad. No podía venir. Aquello no era una revolución, era un gobierno de pandilla, como casi todos los militares.

Cuando veo ahora desde lejos mi época comprendo que nuestro carácter, al mismo tiempo cuco e insensato, ha sido la causa de muchas desdichas. En España no es íntegramente el pueblo el difícil de dirigir, sino el cabecilla, el letrado, que es casi siempre egoísta, petulante y orgulloso. En la guerra civil pasaba como en la guerra de la Independencia; pero en esta última había una pasión que nos unía a todos.

El español destacado no acepta fácilmente la colaboración de nadie. Parece decir en su fuero interno: O te sometes tú o me someto yo, pero no podemos marchar juntos.

—Entonces tendremos que aceptar a la monja en la familia.

—El yerno de S. M. probablemente la aceptaría con gusto.

—Lo que me extraña es que esa mujer tan mística y tan cristiana, no se ocupe más que de los reyes. ¿No hay desgraciados por ahí a quién atender?

—Tiene Su Majestad razón. Es muy cierto. El amor por los poderosos es muy de católico.

La supuesta austeridad de Pacheco, Iztúriz y Pastor Díaz, y de sus colaboradores Salamanca y Serrano, había hecho que en las Cortes les llamaran los puritanos. Luego, cuando se vió que no se distinguían de los demás políticos en nada y que eran tan ávidos o más que los otros de riquezas y de empleos, la gente empezó a llamarles en broma los puritanos.

Para todos sus regalos
y trabajos artísticos
recuerde siempre la

JOYERIA

DE—

Scriba & González

AVENIDA CENTRAL

JOHN M. KEITH & CO., INC.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTS Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Motley, New York)

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

HISTORIAS BALADIES

Siembren ayotes

Por FRANCISCO LUARCA

= Envío del autor.—San Salvador, diciembre 8 de 1934 =

José Cushta y Dolores Moisés **rozaron** la loma bravía. Ishcanal y zarza, grama de raíz durísima y terco boloncillo desafilaron herramientas y magullaron muslos.

Marzo y abril de soles fatigantes vieron a los dos indios curvados bajo la cruz del trabajo. Al erguirse para secar las faces sudorosas, miraban el lago risueño de Ilopango. —¡Agua! Para el viajero y el peón es verso fresco la palabra. Pero estaba a dos leguas el agua. ¡Y separada por mal camino!

Una tarde el fuego comilón devoró cadáveres de árboles y hierbas. El Amatepec se iluminó al resplandor de las llamas ardorosas.

Mayo apagó el incendio y verdeó las lomas tiznadas.

Los indios echaron el grano sagrado. Lo echaron sonriendo, porque la tierra descansada era promesa de buena cosecha.

—Mire, cheró, la casa del patrón. Es lejos. El censo nos va a sacar trabajo. ¡Y tener que llevarlo a puro lomo!

Siguieron sembrando. Los clarineros les daban conciertos. Los **zenzontles** les decían de los días rosados cuando a la tierra no ofendían los alambrados malos.

Atardecía. Un señor de traje kaky, de sobrebata chillona y de sombrero de explorador, gritó desde el camino:

—¡José, Dolores!

(Bajaron los indios.)

—Señor.

—Siembren mucho ayote. Esa tierra los da en abundancia.

—Bueno, patrón.

(Los bobos no preguntaron si por ayotes se pagan censos.)

Veloz y novelero se fué el auto a la ciudad.

Era muy rico el señor.

¡Y bondadoso!...

Mes de julio. Hay maíz. Los censos van llegando. Hinchadas de mazorcas grandes, las más grandes, las redes martirizan el lomo del indio.

El patrón se pasea furioso en el largo corredor. Más que el gesto infunde horror el pistolón y la faja llena de tiros.

—¡José, Dolores!

—Mande, señor.

—¿Está bueno el ayotal?

—Cargado, patrón.

—Bien. La mitad es mía. ¡Y puesta aquí en la hacienda! El mayordomo irá a contar los ayotes y a escoger los más grandes... ¡A mí que engañen los ladrones!... ¡Retírense!

No comentaron los indios. El Jehová criollo y matón lo ordenaba, y nadie —ni Dios mismo— los ayudaría.

Ahí van José y Manuel —ayotes al lomo— en la vereda resbalosa. Los ayotes pesan y magullan la espalda. ¡Y son mil doscientos! ¡Ochenta viajes de la **roza** a la hacienda! ¡Ciento sesenta leguas de vereda resbalosa! ¡Y con seis arrobas de peso!...

Los indios son canallas. No agradecen nada a los amos que les dan tierra buena, y en condiciones magníficas de pago! ¡Raza imbecil y desagradecida!

Por eso los señores a veces los castigan...

FABRICA DE MUEBLESTALLER DE
Carpintería y Ebanistería

Fábrica de Puertas y Ventanas,

Trabajos Garantizados,

Precios Módcos

ENRIQUE VALLE

PIE DE CUESSA DE MORAS

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

Ediciones recientes de ESPASA-CALPE, S. A. Madrid.

Rafael Lainez Alcalá, Prof. de la Escuela Superior de Bellas Artes: **Pedro Berruguete, pintor de Castilla**. Ensayo crítico biográfico. Premio Nacional de Literatura 1934. Madrid. 1935. ESPASA-CALPE, S. A. Precio: Ptas. 12.

Carlos Bosch: **Roberto Schumann**. Prólogo de Manuel Ga. Morente. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1935. Precio: Ptas. 5.

Homenaje de los autores:

Dr. Atilio Machiavello Varas: **Albas de Medianoche**. Poemas. Editorial NASCIMENTO, Santiago de Chile. 1934.

Con el autor: Harvard Medical School. Dep. Bacteriology. Boston. U. S. A.

Fernando González ha sacado por la Casa Editorial Arturo Zapata, de Manizales, Co-

lombia, este libro: **El Remordimiento** (Problemas de Teología moral). Precio: ₡ 4.50.

Con el autor: 53 Carrera Girardot 5 Medellín. Colombia.

Juan Fuscaldo: **Custodia de San Telmo** (Verso). Editorial TOR. Buenos Aires. 1935

Con el autor: Diagonal Norte 1119 Esc. 316. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Prosa y verso de Juan Bughi: **Motivos serranos y otros motivos**. Administra MOEN. Buenos Aires.

Carlos Deambrosis Martins: **Armando Godoy, poeta francés**. El hombre. Timismo. Musicismo. Misticismo. Editorial ERCILLA. Santiago de Chile 1935.

Con el autor: Villa d'Avray (Seine et Oise) France.

Angel Modesto Paredes, Director de la Biblioteca Nacional y Prof. de Sociología de la Universidad Central: **Los resultados sociales de la herencia**. Quito. Ecuador. 1935.

M. J. Gornes Mac-Pherson: **De la Conquista a nuestros días**. Historia del tabaco. Editorial «Elite» Caracas 1933.

Del mismo autor: **Finanzas de Venezuela** (Folleto). Caracas. 1935.

Baltazar Dromundo: **Elogio de la lealtad arquetipo**. México. D. F. Julio de 1935.

Con el autor. Quintana Roo N.º 56 México. D. F. México.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Dr. JUAN R. JIMENEZ GUIER
DENTISTA AMERICANO

Ofrece sus servicios en su Despacho situado
125 varas al Norte del Gran Hotel Costa Rica.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Tenia razón mi abuelita

Por RAFAEL CARDONA

= De *El Nacional*, México, D. F. Mayo 19 de 1955. =

Cuando yo era apenas un niño, hojeaba ya, de bruces en el suelo y frente a mi madre que remendaba los pantalones del hermano mayor, bellos libros de estampas, invariablemente europeos. Eran libros luminosos, de colorines serafinescos, con fragmentos de bellos versos famosos y sobre todo cuadros de aldeanas y de héroes, de paisajes nevados y viñetas tricromas en que invariablemente había un gato, un ramo de uvas o un torno medioeval. Esto me daba la vaga sensación de un país muy lejano, donde las gentes eran tan buenas y blandas, ingenuas y confiadas que se reían de Barba Azul. Me encantaban sobre todo los cuentos de Topfer, la escuelita de Amicis, el misterioso y casi mágico rumor de las selvas de Grimm y de Andersen, y las adorables selvas de Turingia en la Alemania de las leyendas de gnomos y de silfos. Entonces no se ilustraban los libros como hoy, con dibujos cubistas que a nuestros muchachos deben parecerles juguetería recordada: eran figuritas auténticas, con piedad o duelos en el rostro, cofias de lino, delantales de percal y abarcas de madera. Bellos libros de Francia, de España, de Italia, de ese continente que nos preparó en el camino de la razón, el estudio, el sacrificio; que nos habló del desinterés, de la fraternidad sobre una cuchilla de guillotina, del amor con yelmo y coraza, de los filósofos que resuelven el mundo y el conocimiento con una antimonio o un sistema, y que preparó finalmente, un mundo servicial a base de mansedumbre abajo y orgullo arriba.

Europa —pensaba yo— es el cielo: de allí llegan los hermanitos menores, esas cajas con indefinible olor de manzana y de pino, de aromas vagos y papelitos de colores. Allí los niños saludan a los ancianos, dan la acera a los mayores, no se meten los dedos en la nariz ni silban desafortunadamente como los chicos de aquí. Los reyes son unos señores que reparten juguetes a los pobres en Nochebuena, los policías viejos regordetes y gruñones que cuidan los almacenes y los carruajes, y los presidentes, donde los hay, unas nobles figuras calvas, con peritas que hacen cosquillas al besar a los nietos, y que pasan por las plazas entre aplausos y flores. "Este niño debería llamarse Cándido", decía mi abuela amorosa y malhumorada.

PRELUDIO

Cierto día noté que, cuando leía ante el

escritorio de mi padre, mis hombros no se encogían... Estaba creciendo, me hacía hombrecito, y me alargaba sensiblemente. Decidí leerme una colección entera de novelones chisporroteantes: "Los Últimos Días de Pompeya", "Quo Vadis", que mi tía Elena había leído doscientas veces entre suspiros y lágrimas... Y luego, "Los Miserables", "Los Tres Mosqueteros", "Los Misterios de París" —donde Rodolfo, bienhechor y entrometido, anunciaba ya al actual detective rico...— Y Europa, la antigüedad, el pasado todo, comenzó a mostrarme el rostro de quien tiene arenillas de tolvanera en las córneas. Se esfumó la primera estafa de los cuentos de niños —me hicieron bobo, pensaba, me tomaron el pelo, digo hoy— y adentrándome en la cultura europea, llegué a conocer de qué llagas profundas se había hecho toda esa túnica de Neso que arde sobre los hombros de una humanidad con veinticinco siglos de historia, casi toda eclesiástica. "La tormenta sobre el jardín de Cándido", pensé más tarde, y esperaré a que pasase este prelude de sangre. Pero el cielo se encapotó con una hopalanda carcelaria. Como en las manzanas del Mar Muerto, había dentro de los cuentos de niños, un gusano cataléptico.

LA TORMENTA

En 1914, era ya un muchacho "aprovechado", ceñía lauros líricos en las sienas hendidas por la pobreza, y había leído ya todo lo que es posible leer dentro una carrera de consagración absoluta. Estaba enfermo de literatura, era un bohemio, le cobraba caro las horas a las noches sin cena errando en la sombra y pensando en "los maestros": en Nietzsche, en Hugo, en Dante, en Esquilo, en Shakespeare, en un torbellino de nombres y de autores que hace cola la vía láctea desde

el Hombre de Neanderthal hasta Bergson y Marx.

Estalló la guerra, incubada en los libros de cuentos, en una literatura infestada de moral de curato, de "S. A." para textos escolares, de escribanía policíaca. En cuatro años murieron veinte millones de hombres. La pirámide de sus huesos pudo llegar a la estratósfera, y al lado de ésta la de Tamerlan resulta un dado cargado. Se cantaba a la fuerza, a la Patria (tan a menudo madrastra del grande hombre, hacienda de ricos y bautisterio de nobletes); se escribían himnos al sacrificio, a la Piedad y a la Muerte; como en el tiempo de Hoerner, Alemania lanzaba sus himnos a la Espada; en Francia se atiborraban las prensas en elogios a la democracia del parvenu, del "nouveau riche", es decir, con catorce estrofas, un Wilson de chistera y con un soneto de puntos, intervenía con la manguera helada del armisticio sobre la carnicería...

NUEVO PRELUDIO

Un interregno. Más libros de cuentos para niños. Millones de libros, de sistemas, de glorias y de chispazos, de modas y nuevas danzas, y debajo de todo esto, la barbarie engordando las nalgas del Capital y afilando las uñas de la guerra. Los niños de Europa nacen decapitados. No saben, cuando toman su leche en el biberón de temperatura calculada, si el techo del palacio o de la choza se derrumbará de pronto, con un chillido metálico y bronco. No importa. Sonríen a las Madres y toman su leche... y además, duermen. La niñez es desprevenida y su sueño puede prolongarse con una breve sacudida.

Italia se prepara para "cultivar" al África. El Japón se prepara a fin de proteger al Asia. Los rusos se preparan con el objeto de arraigar más dentro de una ratonera continental; Inglaterra se prepara para imponer la serenidad y el juicio por la fuerza; Alemania hace tronar al mundo con una tenebrosa preparación de inventos en que hay desde el bacilo de Hansen hasta el torpedo de media tonelada y el avión de cincuenta; Francia se apresura a abrir túneles y construir ciudades bajo tierra para los futuros cadáveres del ejército...

Bueno. Se acabó. Mi abuela tenía razón, a pesar de no ocuparse sino de hacerle los cigarrillos al abuelo. Yo me debiera llamar Cándido, como tú, lector que eres Hombre y eres mi hermano.

Para un vestido elegante

La Sastrería Grant

La que frecuenta la gente de gusto

SITUADA 100 VARAS AL ESTE DEL TEATRO AMERICA

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRIPCIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, \$3.50
El año, \$6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York.

Un eslabón de la cadena

Por ANTONIO ESPINA

= De El Sol, Madrid, Julio de 1935. =

La teoría de la superioridad de las formas históricas sobre las normas democráticas se hallaba arrumbada en los textos de algunos filósofos trasnochados hasta la llegada del fascismo.

Pero el fascismo llegó. Y como todo régimen de fuerza instalado con propósito de permanencia en un país, lo primero que hizo fué buscarse una justificación doctrinal. Este impulso nace siempre por una reacción ética — inevitable incluso en las más cínicas conciencias de la autocracia — ante la propia indignidad.

El fascismo se buscó "a posteriori" una ideología viable. Y creyó encontrarla en toda una olvidada literatura filosófica de segunda mano. Así, vimos surgir de pronto en el país de Mussolini el repertorio zalamero (después, Hitler ha repetido a lo germánico la misma operación de mixtificación y amaño). Según los intelectuales del fascismo italiano, el pensamiento universal de ayer y de hoy viene a sancionar categóricamente el nuevo estado de cosas. Como los intelectuales enemigos del fascio eran y son los más y los mejores, fueron los periodistas de casa y boca del dictador los encargados de suplirlos. Y hete aquí a Curzio Malaparte — hoy renegado — y otros por el estilo, exhumando viejos textos y tratando de organizar y dar forma desde los primeros tiempos del fascismo a esa especie promiscua de "filosofía fascista" que con tanto éxito entre esquizofrénicos, diletantis y piratas políticos de todas partes circula por el mundo.

Nietzsche y Sorel fueron los que primero tomaron los curzios por su cuenta. Pero Nietzsche tiene un sentido antimediterráneo que invalida en sus orígenes la pretendida corriente histórica del fascismo italiano. Aquello de las razas de mando y guerra está claramente circunscrito por el filósofo alemán a ciertos pueblos, nin-

guno de los cuales es Italia. Y Sorel posee un elemento de tipo revolucionario fundamental que no rima con las ideas e intereses de los financieros de la causa mussolinésca. En cuanto a los pensadores antiguos, están demasiado lejos de la mente moderna para que la aplicación de sus varias doctrinas a cualquier hecho de nuestro tiempo no resulte tan fácil tomándolo de una manera o de otra, según convenga, como fría e ineficaz. No obstante, hay quien hace partir del mismísimo Platón la tesis de los plenos poderes y del inocente Dión de Siracusa, la técnica del golpe de Estado...

Pero los exegetas del fascismo ya no se embarcan a gusto en estos viejos navíos. Mejor se hallan, con los dialécticos renacentistas, con los teólogos en la parte en que éstos no tratan de la sustancia de Dios, sino del dominio de los príncipes sobre los Estados del mundo; con Maquiavelo y no con Erasmo — los "nazis" compaginan la Reforma, a pesar del carácter liberal de ésta, con el autocratismo germánico, del cual es epigónica, y presente consecuencia la dictadura de Hitler —; con el Savonarola del "Tratado del Gobierno de Florencia" y no con el mismo cuando el asceta se rebela contra el tirano. Pero sobre todo donde los folicularios del "duce" ahíncan el precedente es en el coro de escritores adulones que poblaba la Corte de los Médicis: los Salviati, Ammirato, Guarini. Mas todo es inútil. Ni con las lumbreras de antaño ni con los más brillantes polígrafos actuales y adictos al régimen fascista, ni gastando el dinero del Tesoro público a manos llenas para crearse un estilo cultural, logra la Italia de las casas fúnebres constituir un cuerpo de doctrina propio, un sistema ideológico, coherente, luminoso, moderno y peculiar. A la filosofía y a la sociología fascistas, lo mismo que a los principios activos de su política, todo se les vuelven tópicos. Hagan lo que hagan.

Pensamiento inconexo, conjunto de retales de todas las procedencias, incluso del bazar soviético, proposiciones dogmáticas de tipo religioso, fraseología heroica, patriotería y teatral. Estos son los elementos básicos que constituyen la ideología de un movimiento político que aspiraba y aspira todavía a empuñar los mandos de los Estados modernos. Ya se ha visto que la experiencia no resulta. Los graves problemas que hoy tienen planteados los países europeos no han logrado el

menor anticipo de solución bajo los regímenes fascistas. Y los pueblos sufren impacientes. Porque el silencio de las muchedumbres impuesto por el rigor policiaco y la fuerza militar al servicio de las dictaduras no implica conformidad, sino impotencia. El hambre no siempre aulla. Y ni en la esfera económica, ni en la política, ni en la intelectual, se ha abierto ese período esplendoroso que a cambio de la libertad y del honor de los ciudadanos prometían los jefes del Estado totalitario a las masas esperanzadas de la trasguerra. Al contrario, el porvenir se presenta más catastrófico que nunca. El fraude ha sido colosal; el chantaje, inmenso. Por suerte para el mundo, las dos naciones árbitros de la vida europea, sobre todo en lo que respecta al porvenir de la civilización liberal de Occidente, Francia e Inglaterra, han permanecido inmunes a la pútrida avariosis del fascismo. La inteligencia francesa vuelve a ser, como en tantos otros momentos de crisis para la humanidad, garantía cierta de salvación. ¿Selección de formas históricas sobre las normas democráticas? Si como formas seleccionadas por el proceso histórico se considera a las instituciones tradicionales más o menos remozadas — la Monarquía, el Parlamento corporativo y el Municipio gremial, las aristocracias de la sangre, del dinero y de las armas, la Iglesia, etcétera —, el absurdo a la hora en que trascurremos — y nuestra hora también, ¡vive Dios!, fragua historia — salta a la vista.

Pero si las formas selectas que se consideran son las que verdaderamente han venido a imponerse a través de aquel mismo proceso — las que contienen la organización democrática —, entonces no cabe señalar la supremacía más que donde ella misma se muestra. ¿Qué producto de selección hay más evidente que el que actúa en función del futuro?

EL BUFALO

50 vs. al Sur de la Cantina "El Cometa", San José

Ordene sus trabajos a esta

ZAPATERIA

donde será bien atendido.

ESPECIALIDAD EN CALZADO FINO
PRECIOS BAJOS

Taller ELECTRICO MECANICO de OSCAR THOMPSON

Reparación de
Cocinas y Transformadores

25 varas al norte de la
Botica "La Dolorosa"